
3 1761 09545944 2






EDVARDO MARQVINA
TIERRAS DE
ESPAÑA

TIERRAS DE ESPAÑA

E. MARQUINA

TIERRAS DE ESPAÑA



RENACIMIENTO

MADRID
SAN MARCOS, 42

BUENOS AIRES
LIBERTAD, 172

IMPRENTA RENACIMIENTO.—SAN MARCOS, 42.

PRÓLOGO

LA VOZ DESCONOCIDA

PRIMERA ESTROFA

Hija del azar,
Musa que á forzadas dejé, en la henestrosa,
de oro de retamas tejiendo un collar:
si no te quejabas, de tan ruborosa;
si languidecías, de tanto esperar;
si, en mi alma viciada, tu voz candorosa,
por años tan largos, dejó de sonar,
¿quién me lo diría que hoy te encontraría,
prados adelante, cruzando el henar?...

Doncellez del alma, Musa montañera:
diez años pasaron, de la vez primera
que, contigo, hacía buena compañía,
por los retamares, bajo los pinares

de la sierra mía.
¡Diez años pasados!—¡Quién nos lo dijera!
Cogióme la vida, llevóme apartado,
me embargó las fuerzas; ¡todo estoy mudado
del que conociste por la vez primera!

Tú eres la de entonces, moza todavía;
que si tu alegría
cada invierno cuidas, que es leña de hoguera,
¡la renuevas toda cada primavera!
Pero ¿por qué hay dejos de melancolía
en el encontrarnos, yo tan diferente,
tú igual á ti misma, como agua de fuente,
Musa montañera, moza todavía?...

Como de milagro, te hallé en esta altura;
y estos mis diez años, muertos de fatiga,
que llevo, en mi pecho, como en sepultura,
cuando en ellos clavas tu mirada amiga,
resucitan, vivos, á su lumbre pura.
Ellos son, mi Musa, como yo, diez veces,
puestos al entorno de tu catadura;
de mi pan hodierno son la levadura;
del vino, que hoy bebo, las amargas heces;
pero ellos te miran con ojos baldíos
y, esquivando hablarte, no se te confían;
que tú no eres de ellos, aunque ellos son míos;
me dieron sus armas, me dieron sus bríos;
mas, cuando luchaban, no te conocían.

Estos mis diez años fuéronme escuderos
para unos combates de afanes humanos;
metidos vivieron en techos urbanos;
le temen al aire, por estos senderos;
eran las ideas espada, en sus manos;
las doctrinas, linde de sus derroteros.

Del alma habitaron la peña cavada;
de las largas noches hacían jornada;
sobre unos legajos de letra grabada,
en el frío hostil, la color quebrada,
casi maldecían de la madrugada...
¡No sabían ellos del sol de las cumbres!
En toda batalla presentes se hallaron;
y, por afincarme, casi me anegaron
en lo colectivo de las muchedumbres...
Sobre mis cuarteles la cifra ponían
de los que, vencidos, á sus pies caían;
trasiego de cifras, trasiego de nombres,
entre las cambiantes leyes de los hombres,
mis años variaron el rumbo, de modo
que, en aquel trasiego, me mudé yo todo.

Hijos de igual padre, contrarios hermanos,
uno en otro, á veces, hacían aferro;
por servirme, entre ellos fueron inhumanos;
la labor miraban, pero no las manos;
fué romper enigmas su cifra de hierro.
De sus diez espadas tengo el alma herida;

con sus diez martillos forjaron mi vida;
y ellos me acosaron, y ellos me ofendieron,
pero ellos me hicieron:
—si los diez me hirieron,
¡su herida es mi vida!

Musa montañera, de carne florida,
si he nacido, de ellos, enjuto y mental;
si, hundida en los hornos de lo cerebral,
se hizo luz, la espada que antes fué metal,
y hoy la empuño, al logro de lo espiritual,
Musa montañera, de carne florida,
¿qué de común tienen mi vida y tu vida?
Unas son tus flores y otros mis afanes;
de distinta harina cuecen nuestros panes;
¡milagro sería
que hoy te tropezara, sin melancolía,
por estos oteros, entre estos gañanes!

SEGUNDA ESTROFA

Llegaba á este punto de mi cantilena,
cuando, al claro día rompiendo el cristal,
respondió á mis voces otra voz serena:
La voz que me hablaba movió del hayal.

«Tengo una rapaza que es codiciadera;
»se lava en las fuentes, duerme en la ladera;
»con su mano grácil sacude la esquila
»de la yegua madre que pace tranquila;
»cuida de los nidos en los matorrales,
»pone guijas blancas en los manantiales,
»anda á pasos quedos por la yerba sorda,
»y donde hubo fuego sopla la ceniza;
»mulle á los chivatos el heno en la borda;
»cuando ve pastores, les da en la pelliza.

»Ella es mi Figura, mas no mi Sentido;
»le doy mis alientos y no mi palabra...
»Siempre que en los hondos de mi templo hundido
»guardo mi rebaño—lo Desconocido—,
»trisca ella á las cumbres, vigilante cabra...

»Como es mi Apariencia primera y graciosa,
»me rozo por ella con la turba humana;

»y nada le piden viéndola piadosa,
»si no es que á diario les llene hortelana
»de flores olientes ó fruta sabrosa
»la cesta de mimbres ó el halda de grana.

»Ella sabe ardides, como es bulliciosa,
»y ella me defiende de la gente vana.
»Y yo así, en las sombras de mi madriguera,
»guardo mis rebaños de la piel de fiera;
»mi alforja de sueños bajo mis sobacos...
»La rapaza mía, que me está á la vera,
»rompe al vuelo toda mirada profana;
»¡ya entretuvo un día la nación pagana
»con sus correrías y sus arrumacos!

»Pero tú, que hablabas de aclarar misterios,
»¿no oyes mi latido bajo mi coraza?
»En la misma linde de estos mis imperios,
»¿desviar tus pasos pudo la rapaza?
»¿Será ley que nunca pasen mi corteza
»desde un arco humano las flechas del verso?
»¿A una Arcadia vana de exterior belleza,
»piensas que le haría, pieza sobre pieza,
»sitio en sus rodillas el ogro Universo?...

»Si espíritu buscas, arde mi zarzal;
»quema tus sandalias para hacer camino;

»que si tú no partes su costra rural,
»mal podrá librarte, sobre su fornal,
»la Naturaleza su Enigma divino...

»¡Reid, aguas mías, hendiendo mis llanos!
»Bajo su artificio de techos urbanos,
»á medias ilusos y á medias profanos,
»sobre sus telares, quieren los humanos
»ser los tejedores de lo espiritual.
»Si eres de tus tiempos enjuto y mental,
»quema tus sandalias, arde mi zarzal;
»que yo en mis abismos cuidando mi grey,
»te dejo mis tablas en estas montañas;
»pon á dar espíritu tus propias entrañas,
»y á lo Dios, en ellas, esculpe tu ley.
»Deja aquí tus cifras; graba aquí tus nombres;
»la mayor doctrina te cabrá en las dos;
»que si tú, á esculpirlas, vienes de los hombres,
»Dios, para esculpirlas, venía de Dios.

»¡Renueven los tiempos la vereda oscura,
»por donde, entre monstruos, pasó la Amargura
»vestida de fuego del mayor poeta!
»La Naturaleza sólo es la figura
»de una ley divina que duerme en su veta.
»Busca con tu espíritu mi espíritu arcano;
»sobre mis fornales vuelca tu brasero;
»quiébrame las ollas del bodrio pagano
»y no sea en vano, si naciste ibero.

»Soy fornal de pueblos, horma de ciudades,
»paridera de hombres, casal de doctrinas;
»Cristo dejó el molde de sus santidades
»entre mis pedruscos sobre mis colinas;
»y en horas amargas, por unas angostas
»veredas de montes hicieron andadas
»Job el miserable que tuvo yeguadas
»y San Juan Bautista, que comió langostas.

»Templo de silencios, sobre mis peldaños,
»si tu edad que adoras no ha nacido exigua,
»fué porque extendieron los místicos paños,
»desde mis cavernas, tantos ermitaños,
»en la hora del parto de la edad antigua.

»En mis oquedades moldeo Naciones...
»Para tú á mirarlo, buscador ferviente,
»por todas las sendas, de una ley de Raza;
»mira que no en vano, por estos rincones,
»dejaron un día, milagrosamente,
»la Francia sus huesos y Roldán su maza.

»La edad de los héroes la llevo en mi entraña;
»la Historia de un pueblo toda es de montaña,
»piensa que, en mis valles, toda audacia extraña,
»cayendo, una piedra, la puede aplastar;
»que el aire en que alientas y el sol que me baña
»aún conservan dejos de la antigua hazaña;

»y que el Rey Abarca, que hizo tanta España,
»ya pisó mis yerbas con su calcañar...

»Vergonzante ibero, dime tus afanes...
»Yo haré que á tu mente no ladren mis canes;
»por que te circunde, yo arderé el zarzal.
»Renegado mío, dime tus afanes:
»si no de mi harina, ¿de qué harás tus panes?
. . . .
. . . .
—La voz que me hablaba calló en el hayal.

TIERRAS DE ESPANA

PRIMERA PARTE

SER

INVOCACION

¡Tres veces, Señor,
desgarre mis carnes el cardo maligno
antes de encontrarte, para hacerme digno
de besar tus plantas; tres veces, Señor!

En tu templo estoy;
roe de mis huesos el vicio pagano,
¡y haz que en sus misterios me renueve humano,
si en tu templo estoy!

Echame en los hombros tu magnificencia;
dime tú la ley de toda Apariencia;
hueco en tus entrañas hazle á mi conciencia;
vea yo los seres y sienta la esencia
—y así, en mis salmodias, te haré reverencia.

Canto, en estos prados, bajo esta montaña.
Canto los milagros de cosas reales;
y, al sonar de esquila de los manantiales,
busco al Dios, que habita por estos hayales...
—Canto tierras tuyas, madre mía, España.

ALBA EN EL PRADO

I

Todo lo vi con tanto sosiego
durmiendo en ti, verdura del prado,
hoy, cuando abrí mi oscura ventana
que me sentí partícipe tuyo.

Hacía son la lluvia menuda
la inanición del aire llenando;
y el corazón tenía, por ella,
la sensación del orbe fluído.

Un pertinaz remanso de nieblas
la clara faz del cielo escondía,
y allá en el haz del cerro acogiéndose,
toda la paz del prado agrandaba.

Vi, en el henar, dos vacas dormidas
quietas estar, en tanto reposo,
que al penetrar en mi alma su imagen,
oí callar la esquila pendiente.

Y en la quietud de todas las cosas,
la multitud de fuerzas del valle,
por la actitud suspensa, tenía
una virtud de vida formándose...

II

¡Señor, Señor, colmaste mi día!
En el sopor que trunco, profano,
siento el fervor callado y perenne
de la labor del orbe, en la noche.

Y veo en él, por modo inefable,
todo el tropel de seres vivientes
llegar á un fiel de calma, que sólo
romperá Aquel que tiene el Milagro.

III

¡Dame, Señor, que goce tu obra!
Quiebra el sopor de tanto equilibrio;
vibre, Señor, tu aliento en el aire
como un hervor que anima las cosas.

Sin el real milagro, que es tuyo,
y en la total balanza de fuerzas,
todo en igual quietud yace inánime;
todo es final del orbe.
No agita
ni su cristal la onda del río,
ni su metal la esquila pendiente.

MAÑANA DE AGOSTO

¡Mañana de Agosto, qué ligero andar!
Con esta rociada que hace el paso quedo,
la humedad que moja mi planta, al pisar,
entrando en mis venas, les pone el denuedo
de una juventud que es ya secular;
¡todo el esponjoso frescor del hayedo
de pies á cabeza lo siento pasar!
Mañana de Agosto... ¡qué ligero andar!

La vereda tuerce bajo mis andadas;
enfila una valla de tablas mojadas
que, al tocarla, el agua deja gotear;
la vereda, alegre, se anima y dispierta;
de una piedra en otra la veo saltar;
como un lazarillo me lleva á una puerta;
tras la puerta, un prado que parece un mar...

Relucen los hilos del agua escondida
que hiere, al soslayo, la lumbre solar
y la yerba enana se esponja, movida
de la mano blanda del agua, al pasar.
El prado es tan ancho que le hacen vallada
tres leguas de hayedo cumplidas de andar,
y en holgura tanta, goza la mirada,
sin cansarse, el verde tierno del henar...

Los pasos del hombre le abrieron senderos
en el ajetreo de cada jornada;
afanes humanos, parecéis ligeros,
á este albor de luces, en esta encontrada,
cuando vuestro peso, por estos oteros,
sólo deja un poco de yerba aplastada...
Dispersa en el prado pace una yeguada;
lo cruzan, en busca del monte, corderos;
y se ve, en los fondos, toda acurrucada,
bajo el techal negro de rotos aleros,
la silueta de una casuca arruinada
donde, á prima noche, desde la majada,
por zafarse al frío de la madrugada,
bajan las ovejas con sus ovejeros.

Al primer atisbo del sol matutino
azulean nieblas en el aire fino;
el aire deshace sus masas tranquilas;
toda luz acoge, todo son le llena
y se hace especioso; se tiñe y resuena
de vapor de nieblas y rumor de esquilas.

DE UNA MOZA DE ALDEA

I

Tú, que eres tan graciosa
y audaz en tu talante montañero,
no escapes ruborosa;
antes ven al sendero;
que te vea, al pasar, todo viajero.

Que, pasando, te vea
y se vuelva á mirar, agradecido;
y, de toda tu aldea,
lleve todo el sentido,
en tu rostro de gracia recogido.

Que estas claras ventanas
en vano, tras de ti, se multiplican;
y en vano estas campanas
de tu Iglesia repican,
si en tu hermosura no se significan...

II

En aquella posada,
tan á mano de entrarla, en el camino,
¡qué cosa regalada,
llegando peregrino,
tenderte el vaso y que me dieras vino!

De tu nombre sabría,
de tu casa y rebaños en el prado;
mezquino hablar sería;
pero todo avivado
en el perfume del henil colmado.

Fuera mía, un momento,
la paz de estos contornos exquisita,
y el quieto arrobamiento
de tu aldea bendita
lo sentiría en ti, cómo palpita.

III

Y llegada la puesta,
y yo vuelto al sendero, no sabrías,
en lo alto de la cuesta,
¡con qué melancolías
te sonriera, si me sonreías!

La lumbre de poniente,
tomando en el camino reverbero,
nimbaría tu frente;
y en el umbral severo
pondría luz tu rostro vividero...

—Cuando tu aldea incierta
ya no recuerde mi alma peregrina,
¡aún te veré, en tu puerta
de madera de encina,
como imagen devota en hornacina!

EL SENDERO

Tú, que andas este sendero
conmigo, hijo mío,
tan suave y tan hacedero
en el soto umbrío,
con el humilde madero
de puente, en el río,
que va al molino harinero
desde el caserío,
¿no piensas en el primero
que lo abrió, hijo mío?

Fué un mozo que pasaría
por aquí, saltando;
las yerbas no miraría
que aplastaba andando;

la guija, que se salía
de sus pies botando,
ó el césped, donde se hundía
su pisada en blando,
¡le eran igual, aquel día
que pasó, saltando!

Fué un tiempo en que tuvo amores
el mozo, hijo mío;
quería llegar con flores
hasta el caserío;
buscó los sitios mejores
en el soto umbrío;
ya ellos le eran guiadores
y no su albedrío
—¡y así empezaron amores
la senda, hijo mío!

Fué un tiempo en que los deberes
su paso acuciaron;
y al ir para sus quehaceres,
sus plantas buscaron
la horma aquella en que placeres
de amor le empeñaron;
ocasos y amaneceres
pasar le miraron,
y así afanes y deberes
la senda trillaron.

Fué aquel tiempo en que los años
pesan, hijo mío;
cuidados y desengaños
menguaron su brío;
el viejo, en días huraños
de un Diciembre frío,
tendió un puente en que, sin daños,
traspasar el río
—¡y así acabaron los años
la senda, hijo mío!

—Tú, que andas este sendero
de mi mano, cuida
de pensar en el primero
que le dió medida;
¡viejecito molinero!,
la harina molida
que te cayó del harnero
no será perdida:
la encuentro en este sendero,
que es toda una vida.

Hijo mío, espera bueno
y suelta mis manos;
¡anda!—que en todo terreno
hay dejos humanos;
recorres un mundo lleno
de muertos hermanos;

buscan tu mano, en tu seno,
millares de manos.

Porque esta tierra, en contienda
con lo violento,
recoge como una ofrenda
todo humilde aliento;
los imperios de leyenda
trago en un momento;
¡pero conserva esta senda
como un monumento!

Busca, hijo mío, la fuente
de las maravillas;
aprende á inclinar tu frente,
á hincar tus rodillas,
¡y Dios quiera, en tu poniente
de hojas amarillas,
que tus manos—ó tu mente—
las tablas sencillas
puedan colocar, de un puente
entre dos orillas!

DE UN BOYERO

¡Ay-dá!... La aguijada señala el sendero
y en el aire limpio se abre el grito— *¡ay-dá!...*,
y el carro de bueyes, al lado el boyero,
cada madrugada, bosque adentro va.
Traquetea al paso madero y madero;
si aquí se hunde el carro, se levanta allá;
¡qué camino duro!, pero ¡qué hacedero
para los dos bueyes enormes!—*¡ay-dá!*

Tengo envidia al mozo que les es boyero;
cada madrugada le llamo, al pasar:
—¿Adónde, á estas horas, por este sendero?
—Adonde ayer, dueño; no me cabe errar;
y adonde hoy, mañana; y así el año entero;
¡mi cuento es el cuento de nunca acabar!...

Ya el carro anda lejos; el mozo ligero
va por un alcorce con el carro á dar;
vadea un regato pisando un madero;
los dos bueyes hacen el agua saltar...
Como, en cuesta pina, se encorva el sendero,
desde aquí, en su carro, se sienta el boyero;
no le ven mis ojos y le oigo cantar.

Sobre la negrura del bosque, el lucero
que precede al alba se ve clarear
y, en lo alto, las últimas hayas del otero,
con las ramas, casi lo pueden tocar.
Ya suena tan lejos el canto agorero,
que el bosque, en sus ramas, lo cierne al pasar;
¡corazón del mozo, corazón ligero!
Tal codicia tiene del sol mañanero,
que detrás del canto se ha puesto á volar.

Sobre el haz del bosque se apagó el lucero;
la luz que él tenía la toma el cantar;
¿será que, vibrando su rayo primero,
la lumbre del día no tolera par?
¿ó será que, desde la paz del otero,
del cielo, á hurtadillas, lo arrancó el boyero
y dentro del alma se guarda el lucero
y él es la alegría que le hace cantar?...

¡Mañanas del bosque!...
Desde mi clausura,

la voz del boyero, llegándome pura,
me vale el milagro de una evocación...
Bosque adentro el mozo, crece su figura;
como un dios avanza por la senda oscura;
la aguijada al hombro, la marcha segura,
se aclaran las sombras á su aparición.

Páranse á mirarle las blancas deidades
que vagan de noche por las soledades
y tejen las nieblas del amanecer;
el candor del mozo no hace cura de ellas
y ellas van sembrando de flores sus huellas
con una exquisita gracia de mujer.
Su canción humana las conmueve tanto
que algunas se ensayan á copiar el canto
pulsando las liras de los manantiales;
y otras, tan de cerca le rozan la frente,
que el mozo levanta la mano indolente
y todas escapan entre los hayales;
si una más curiosa queda rezagada,
el mozo, pasando, prende en la aguijada
las gasas de niebla que son sus cendales.

El boyero ignora toda su aventura;
su labor le embarga...
Pero, cuando vuelva,
su voz dará un timbre de extraña frescura,
su alegría siempre será la más pura;
¡tendrá, en todo el aire de su catadura,
yo no sé qué hechizo divino de selva!...

—Rústico agorero, tranquilo boyero
del trabajo humilde, del vivir sincero,
¡Dios guíe tus pasos por este sendero;
nunca llamen duelos á tu corazón!
La mañana entrada, con fervor te espero;
tal vez no lo guardas en tu alma, boyero;
¡pero entre tus manos me traes el lucero
cuya luz te robo para mi canción!

JUVENTUD DE LA TIERRA

I

La juventud de la Tierra asegura
mi corazón en la entraña intranquila;
se pierde el rastro, por esta espesura,
del galopar del caballo de Atila...

Yo sé, al mirar, que ha pasado la Historia,
toda en furor, por los sitios que miro;
pero estas hayas no guardan memoria
del viejo horror, en su fresco retiro.

No hicieron duelo, estas cumbres alzadas,
por la Nación que tragaban sus fauces;
ni torció el agua, por estas cañadas,
la destrucción de un imperio en sus cauces.

Sin estas ruinas de piedra, en que hallamos
dejos remotos de estilo y costumbres,
empezaría lo eterno, en sus tramos,
y no tendrían edad, estas cumbres.

Porque ellas son, en la red cristalina
de agua vivaz, que las nutre y decora,
como si al mundo vinieran ahora,
frescas aún de la mano divina.

¡Oh, juventud de la Tierra, asegura
mi corazón en la entraña intranquila!
¡Ponme á cubierto, en tu viva clausura,
de la vejez, mi caballo de Atila!

II

Yo quiero entrar con el alma, á forzadas,
á hundirme en ti, juventud de la Tierra;
no he de bajar de estas cumbres calladas
sin apropiarme la ley que te encierra.

Mi corazón, que en su vida ya larga,
vacila, al peso de tantos escombros,
quiere saber de qué modo, en tus hombros,
cayó tan bien, que no pesa, la carga.

Mi corazón, que aquietó sus latidos
en las cenizas que ayer fueron astros,
quiere saber cómo, yerbas y nidos,
de sangre y fuego, disipan los rastros.

Mi corazón que, en los garfios ardientes
de mi ambición, se consume y se agota,
quiere saber de qué vena remota
fluye el eterno caudal de tus fuentes.

Mi corazón que me asume, á quien quiero
sobre mi vida y mi muerte triunfante,
quiere saber en qué forja de acero
labró tu escudo un Vulcano gigante.

Naturaleza de miembros lozanos
y de un licor inmortal en tus pechos,
¡yo quiero ser como tú; que están hechos
de fango tuyo mis huesos humanos!

Quiero ser agua, por estas cañadas;
y secular peñasco, en la sierra;
¡yo quiero entrar con el alma, á forzadas,
á hundirme en ti, juventud de la Tierra!

III

De seculares desastres fabricas
los musgos tiernos de tus primaveras,
y sobre polvo de muerte radicas
en la abundancia de tus sementeras.

Toda en letargo, al rigor del invierno,
con el estío, dispiertas á boda;
sabes poner tu follaje más tierno
sobre el muñón rebañado en la poda.

No te apercibes á luchas futuras
cauta y sagaz con las armas que hoy llevas,
Tierra; y así, porque toda te apuras,
toda, en cabal juventud, te renuevas.

Y así espontánea, en diaria ruina
toda te das, sin taimada reserva;
que no es tu vida una brizna de yerba,
sino el calor de la mano divina.

IV

Tierra, en perenne deliquio, acompaña
al que, confuso, buscándote viene;
ríos, hayedos, vertientes, montaña,
¡penetre en mí la Ley que os mantiene!

Quiero surgir de mi propia ruina
y, en mis cosechas, saciar á la muerte;
y, en el vaivén exterior de la suerte,
ser nada más que mi esencia divina.

Porque yo soy; y las cosas me alteran;
y no consienten mis ansias gloriosas
que, en la decrépita edad, cuando mueran,
tire de mí la vejez de las cosas.

No; voy á aquella orfandad de memoria
que no conoce trasiegos ni arrastres,
y en que he de hacer mi ley de victoria,
de la impiedad en mis propios desastres.

Abro las manos al aire que pasa;
toda la paja del día le entrego;
que, si anda el tiempo, yo soy el que llego
cuando, en lo eterno, aseguro mi casa.

Porque yo duro. En el orbe constante,
mi alma inmutable es el ápice fijo:
Dios, en su mano, me tiene, á cobijo,
como carbón que va dando en diamante.

Como Job, quiero raer la corteza
que, unos tras otros, me dejen los años;
bajo mis pies romperé los peldaños
de esta ascensión que no acaba ni empieza.

Y al huracán me saldré, de cubierto;
y de mi henil hundiré los techales;
y daré, en obras, á los vendavales
mi pobre alforja de huesos de muerto;

hasta que en ti me coloque á seguro.
serenidad de la Mano Divina;
tu Permanencia es mi rostro, en el duro
variar de todas mis ansias en ruina...

—Tú, juventud de la Tierra, acompaña
al que, confuso, buscándote viene;
ríos, hayedo, vertientes, montaña,
¡penetre en mí la Ley que os mantiene!

DE UNA TERNERILLA

Volvía con la Amada,
al blando atardecer, por el sendero;
y, al hombro la aguijada,
nos iba, delantero,
conduciendo sus yuntas, un boyero.

Por la entornada puerta,
según que atravesábamos la vía,
y á aquella lumbre incierta
que en lo interior había,
la vimos, que rumiaba en la establía.

Hacia nosotros vuelta,
y alargando la testa, aún no formada,
la ternerilla esbelta
ya tenía, plasmada,
su gran paz de rumiante en la mirada.

Y el boyero, en el goce
con que la contemplábamos, gozando,
á un cuidadoso roce
su pelaje alisando,
de la ternera, así nos fué contando:

«—La he de llamar Estrella;
que la tuvo, al nacer; y es nombre bueno;
ésta es hija de aquella
del hocico moreno
que, por que el tierno quede, sopla el heno.

»Si á la madre salía,
ya tengo mi vejez asegurada;
que, con su madre, haría,
so yugo emparejada,
la yunta más cabal de la encontrada.

»Ella sola, hace un año,
su madre, fué el socorro de mi gente,
cuando enfermó el rebaño;
que servía, paciente,
el carro y el arado juntamente.

»La abuela, aquella oscura,
viene, para la leña, hasta el ribazo;
y es de testuz tan dura

que, atado en ella el lazo,
tira los robles, al primer hachazo.

»Enjuta y sacudida,
no es brava en carnes; pero, en sangre, es brava;
y de recién parida,
tan celosa tornaba,
que nadie á su lechiga se arrimaba.

»Entró en mi casa el día
que bautizamos al primer nacido;
y de aquella alegría
la ley, tanto ha podido,
que siempre, más que á todas, la he querido.

»Eran tiempos de afanes
aquellos; y de vida trabajada;
yo amasaba los panes
y, por cocer la hornada,
la dueña se iba al monte, á la leñada.

»Pero, en las juventudes,
nada carga en el alma, y todo pasa
sin dejar inquietudes;
cuando ella entró en la casa,
buenas hambres había y buena brasa.

»Cuando llegar la vieron,
por la ventana que abre á la cocina,
todos á ella salieron;
yo, en la cabeza fina,
le había puesto un penachón de encina.

»La bota de lo añejo
fué cangilón de noria, en el gentío;
y hubo tanto festejo,
que bailó, vera el río,
toda la santa noche el mocerío.

»Me salió buen ganado,
y en buen hora lo diga; que así ha sido;
las crías que me ha dado,
cuando las he vendido,
aún más amigos que onzas me han valido.

»Hija es de aquella falda,
metida en robledal hasta los prados;
y la compré en Garralda,
que manda á los mercados
lo mejor del Ayézcua, en sus ganados.

»Si, en creciendo que crezca,
le guarda, esta su nieta, parecido,
mi hija se lo agradezca;

que se la he prometido
para cuando dé el hijo á su marido.

»En lugar de ternera,
que es arrimo en la casa y hace apaño,
ternerillo naciera,
y, en las fiestas de hogaño,
ahorrárame un carnero del rebaño.

»La dueña, aunque ya en ruina,
todavía es lo bueno de la casa;
y anda por la cocina;
y sin hambre se pasa
bocado que ella aderezó á la brasa»...

—Fué á la madre arrimando
la cría; hasta las ubres dióle auxilio;
y el hombre siguió hablando,
en su gran paz de idilio,
grave, como un boyero de Virgilio...

YEGUADA EN EL BOSQUE

I

Nieta de otras que á Roma llevaron las legiones
y que, en su estampa, fueron ejemplar soberano
para un caballo en bronce de emperador romano,
cuando Galba á Germania batió, con sus bascones,
esta yegua solemne, de pelaje sombrío,
unge de calma antigua sus pisadas morosas;
y parece que agite, cuando bebe, en el río,
yo no sé qué Leteo de linfas misteriosas.

Y esta roja tresalba que, toda fuego, ostenta,
sobre tres de sus cascos, tres dedadas de nieve,
cuyas crines evocan un soplo de tormenta,
y á relinchar tres veces se para, cuando bebe,

menos recia de grupa, más batida de ijares,
tiene un bélico lampo de sangre cuando mira;
porque, en línea directa, perpetúa la ira
de aquellas que batieron á Roldán y sus Pares.

Las dos gozan prestigio de mando en la yeguada;
la tresalba, en las marchas; la negra, en los reposos;
y no hay línea, en las otras, atrevida ó forzada,
que ellas dos no la encierren, en sus cuerpos colosos.
La negra va á seguras hasta el sitio, en los prados,
donde la yerba es grasa y hay sombra bienhechora;
la roja, inquieta y ágil, en el aire, avizora
el olor penetrante de los henos segados...

Y esta roja, en sus marchas, rígida y violenta,
de armaduras quiméricas evoca el férreo empaque;
y tiene, en un encuentro, cuando os observa, atenta,
el trepidar de miembros que precede al ataque.
Pero la negra, en un desdén de semidiosa,
su gran cola nocturna batiéndole la grupa,
es como el monumento de su raza gloriosa,
cuando, á sombras de un haya, la yeguada se agrupa.

Porque en las horas quietas del arduo mediodía,
mientras en luz incrusta su ritmo la cigarra,
van las yeguas al bosque, que ya las protegía
cuando los Sanchos eran señores de Navarra.

Y, dándoles un haya techal, en su ramaje,
y, en su tronco, la verde frescura de una tapia,
ambas á dos encarnan los timbres del linaje;
la roja, su ardimiento; la negra, su prosapia.

II

Cuando á los pies de un haya se agrupa la yeguada,
esta yegua morosa de las crines de endrino,
si solamente en ella detengo la mirada,
da, á todo el grupo, un aire de abolengo latino.
Baten sus pies la tierra con un acompasado
bracear, que denuncia la posesión pacífica;
y veo, detrás de ella, la reja del arado
rompiendo las entrañas de la tierra prolífica.

Bajo el hayal oteo la clara lejanía
de unos campos que suenan á estrofa virgiliana;
y, en el triunfo de oro de la paz octaviana,
rezuma de abundancias la tierra labradía.
Acóplanse las yeguas debajo del hayedo;
doblan al yugo el cuello; cargan sobre las manos;
y se alejan, al paso majestuoso y quedo,
de un desfile de yuntas de colonos romanos...

Cuando, en verano, queme las tierras el bochorno
y, al dardear de rayos del calor que las tuesta,
casi tengan los trigos, en la abrasada siesta,
el olor de los panes cociéndose en el horno,
volverá la yeguada, la cabeza pendiente,

requiriendo las sombras del hayedo nativo;
y, al entorno del haya, se agrupará, paciente,
en un reposo de égloga, callado y expresivo...

Se agrupará, al entorno del haya, como ahora,
que me insinúa en todo su abolengo latino,
triunfando, por la estirpe, de la edad destructora,
esta yegua solemne de las crines de endrino.

III

Cuando á los pies de un haya se agrupa la yeguada,
esta yegua rojiza de la crin volandera,
si solamente en ella detengo la mirada,
reconstruye, en el grupo, la Basconia guerrera.
Se adueñan sombras épicas de las yeguas, montura
de jefes, que rodean la tienda de su rey;
y empuñan lanzas rígidas hombres, con armadura
de cuero, á la defensa de su pueblo y su ley...

El pelotón de yeguas tiende ansioso los cuellos
á los montes cercanos, de erizados peñascos;
temiendo y deseando que les llegue, desde ellos,
el «irrinci» de guerra, de los pastores bascos.
La cañada adelante, por entrambas laderas,
ocultas en la jara, trepan á las alturas;
el invasor las toma por vírgenes guerreras
viendo, á su arribo, tantas crinadas cabelleras
flamear, por las crestas de las escarpaduras...

Siente el bascón ceñudo que el autóctono grito
de sus relinchos bélicos le ampara en el combate;
y, afincándose en ellas, los peñascos abate
que, al resbalar, incendian sus puntas de granito.

Mueren, en la cañada, los guerreros altivos
que llevan un imperio sobre sus armaduras;
y huyen de aquellos montes, que les entierran vivos,
desplomándose en ellos, como dos sepulturas.

Y á la tarde, pisando la sangre, en cada vado,
torna, á lo más espeso del hayal, la yeguada;
á esquivar, cuando sepa su rota, en la cañada,
la represalia en número, del coloso burlado.
Bajo el techal de un haya, la yeguada se agrupa,
y del poniente humean, á la luz amarilla,
la espuma de los belfos, el sudor de la grupa,
y la sangre, que mancha las pieles de la silla.

Bajo el techal de un haya se agrupa, como ahora,
que me insinúa en toda su Basconia guerrera,
triunfando, por la estirpe, de la edad destructora
esta yegua rojiza de la crin volandera.

IV

En un día de Pascua Florida, al primer giro
del sol, por estos cielos recién asegurados,
yo os quisiera, á las dos, reunir en el tiro
del carro en que, á montones, van los henos segados.

Llenarían el aire los henos primerizos,
en el olor agudo de aquel su primer corte;
y abandonando sus tugurios y chamizos,
labradores, pastores, cabreros, boyerizos,
á vuestro carro harían una triunfal cohorte.

Sobre vuestras cabezas de estirpe irían llenos,
el frontal, de sonajas; la jáquima, de flores;
y os pondría, en el carro, reclinada en los henos,
la moza más garrida de estos alrededores.

Y sería una fiesta religiosa. Os saldrían
al paso, las viejucas, desde sus portaladas;
y vuestros cascabeles bruñidos sonarían
á rebato de raza, por estas hondonadas.

Sería bien.—Entrambas merecéis la corona
que consagre, en vosotras, los signos del linaje;
porque sois, en el carro, bajo el común rendaje,
la cachaza latina; la fiereza bascona.

Porque más que en la Historia, que es un eco moroso,
trascendiendo á sepulcro, cuando los hechos narra,
vi estar vivo, en vosotras, vuestro pueblo glorioso:
la sangre en llamaradas y la sangre en reposo
que son toda Navarra.

RENOVACION

Pequeñas marchas hice; yo las haré mayores;
conoceré, de vista, todos estos pastores;
me habrán hablado todos, cuando salga de aquí;
el camino que lleva del alto de Ibañeta
al redondel de piedras del romo Orzanzurieta,
por las pasadas que hice, se acordará de mí.

Sabré encontrar las fuentes, por sendas de cabreros;
en qué parte da el monte los mejores maderos
y qué encinas se tronchan para tostar carbón;
sabré dar con el jarro de leche, en las chabolas,
empujaré sus puertas, si las encuentro solas,
y pagaré, dejando medio pan, mi ración.

Cuatro días más tarde, daré con el cabrero
de quien bebí en la jarra, cruzando el hormiguero
de los rebaños, puestos á venta, en un ferial;

le hablaré de la leche, que me tomé á fiado;
me hablará de aquel pan, que le dejé á contado;
y, en dos pintas de vino, nos haremos cabal.

Renovará, en los usos, mi vida, sus caudales;
tantos rústicos modos me serán naturales,
que olvidaré el cansancio, que traía, de mí;
tantas palabras muertas encontraré, aquí, vivas,
y haré acopio tan grande de formas expresivas,
que no he de ser el mismo, cuando salga de aquí.

¡A pasto, á pasto, bocas de mis ansias mejores!...
Enfilaré los puertos, pisaré los alcores,
la dueña al lado; el hijo delante, en un pollino;
no han de ser, en dos meses, otros nuestros trabajos,
que andar, de pueblo en pueblo, por todos los atajos
y entrar en las posadas, las noches de camino.

Del Guirizu taimado que, al que está en la llanura,
le esconde, en un repliegue, la mitad de su altura,
todo el valle veremos, una tarde serena:
Francia al norte, cercana; tierra basca, á occidente;
á mediodía, el pico de Monreal; y, enfrente,
de los montes de Jaca, la picuda cadena.

Y así, luego, trillando la senda que escogimos,
nos sentiremos parte del paisaje, que vimos
en el Guirizu abrupto, bajo sus corvas hayas;

diferenciarse, lo antes uniforme, veremos;
y, según que nos abran sus puertas, sentiremos
de los distintos pueblos, las diferentes layas.

Val de Arce dilatado y Val de Ayézcua arisco;
el uno intenta industrias; y el otro tiene aprisco;
aquél urde caminos; y éste pisa montañas;
los lugares que entrambos llevan en su regazo,
ya muestran, en lo vario de la aptitud y el trazo,
la diferente sangre que corre en sus entrañas.

Burguete, que ha crecido de estar junto al camino;
Arrieta, en que, al recuerdo de un vaso de buen vino,
aún veo sonreirme la moza del mesón;
Espinal, con blasones en los anchos portales;
y Aoiz en auge, centro de fuerzas industriales,
que palpita, en el llano, como un gran corazón.

De esta parte, la vida se adapta y se renueva;
la ruta cambia en oro las fuerzas que se lleva;
los polluelos son éstos y la clueca es Pamplona;
una Pamplona rica de actividad materna,
atenta á su prosapia, que trabaja y gobierna
con abarcas, debajo de la férrea corona.

Y al otro lado, ocultos, metidos en la falda
del monte, entre peñascos, los lugares:
Garralda,

nombrada en sus rebaños, y en sus potros famosa;
tiene en alto la iglesia y, en ella, un soportal
que encierra el marco esbelto de la puerta ojival,
en la mancha rojiza de su masa terrosa.

Hija del río, al lado del camino en declive,
en lo angosto y profundo del valle, surge Aribe
con su gran puente, en ruinas, tapizado de hiedra;
en una paz de idilio de huertos y trigales,
¡aún la veo, escalando sus peñas laterales,
entre bojes y robles, por caminos de piedra!

¡Recodos los del monte, silencio en los recodos!
¡Qué apartado me encuentro de los humanos todos
oyendo, por las hoces, mis pasos resonar!
Pero ¡qué valor toman las humanas pisadas
que, en roca viva, á fuerza de andadas y de andadas,
trillan estos senderos, de lugar á lugar!

Rosa entre cardos eres, para tus peregrinos,
Villanueva de Ayézcua, huérfana de caminos;
Villanueva de Ayézcua, la más vieja de todas;
en tu esquivo retiro, rica de aristocracia,
no olvidaré tus fuentes, ni la harmoniosa gracia
con que, en el hondo valle, te esparces y acomodas.

Cortado á pico, el monte, que es, todo él, una peña,
su masa oscura aviva tu gracia lugareña;

Villanueva de Ayézcua, de casas señoriales,
¡bien hallada, la moza de los pasos ardidos,
y, en sus manos, la herrada, con los aros bruñidos,
que coloca en la fuente de caños manantiales!

Que te protege, dinos, y no que te sepulta,
esta loma que á todas las miradas te oculta,
y que, en tanto silencio, te obliga á tanta paz;
tus mozas, con sus trenzas pasándolas del talle,
tienen, cruzando, al vernos, con rapidez, la calle,
un pánico gracioso de ardilla montaraz.

Villanueva de Ayézcua, de casas señoriales,
me voy con la nostalgia de hacer, en tus portales,
la charla, anochecido, con tus clásicas viejas;
las he visto, á hurtadillas, mirar por las ventanas,
enérgicas, huesudas, cubriéndoles las canas,
la toca negra, atada detrás de las orejas...

De esta parte, la vida, como toca al origen;
no altera, todavía, las leyes que la rigen;
y es secular y joven, como la roca viva;
Val-de-Ayézcua entre montes, me hiciste rastrear,
por estas angosturas, de lugar en lugar,
bajo mi España, aún fuerte, la veta primitiva.

Saldré de estos peñales con un canto de guerra;
sobre todas las tierras, ensalzaré mi tierra;

seré agresivo contra todo exótico intento;
queda aquí el reservorio de la raza nativa;
¡y hay piedra, en estos montes de soledad esquiva,
donde tallar los arcos para un Renacimiento!

MI POSADA

I

Vivo en una posada del siglo diecisiete
y revivo, por ella, la España teatral;
la de nuestros Felipes, que, si mengua en caudal,
aún tiene el gesto grande de ayer, cuando acomete.

La puerta es baja, pero de tan ancho boquete,
que hacen cuadro, sus jambas, con el dintel y umbral;
las tejas de madera le cubren el techal
de colgantes aleros y agudo caballete.

Sus paredes espesas garantizan su asilo;
abunda en piedra; pero ni turba ni complica
el aplomo, que, en ella, parece ser la ley;

y hay, en todas sus líneas, una holgura de estilo,
una española gracia de proporción, que indica
que Velázquez de Silva ya pinta para el Rey.

II

Cuando las nieblas hacen el horizonte oscuro,
ó la nortada azota los árboles distantes,
esta vieja posada, para sus estadantes,
tiene un pasillo, donde recogerse, á seguro.

En un silencio augusto, la fuerza de un conjuro
le dan sus dos paredes largas y equidistantes,
sin más ornato que cuatro vigas tirantes,
puestas sobre ocho ménsulas, que rebasan del muro.

Todo está como entonces; cuando el buen caballero
plantábase, al atisbo de aventura, acechando,
desde la reja, donde tenía su atalaya;

y en revuelo de mantos, con el paso ligero,
una dama y su dueña cruzaban, escapando,
el pavimento liso de maderos de haya...

III

Recoge, en sí, la vida de toda la posada
este hogar de montaña, con el fuego central,
y, alrededor, los bancos, de lustroso nogal,
colocados debajo de la campana holgada.

En el cazo, pendiente de la cadena ahumada,
la pitanza de establo cuece sobre el fornal;
y el cabrero, el boyero, el juez y el mayoral
le hácen corro, en los bancos, las noches de invernada.

Quién lleva malos días y quién le da consejos;
quién aún habla de brujas; quién el rescoldo aviva;
quién le imita, tentando la lengua de los viejos;

y quién, sin hacer caso de las charlas aquellas,
mira, por el boquete de la campana, arriba,
una banda de cielo constelada de estrellas...

IV

Me gustaría ser, como mi posadero,
para los que caminan, refugio en el camino;
ser el dueño, en mis calmas, del vaso de buen vino
que al leñador alienta y engaña al pordiosero;

contar, en mis manteles, con el plato sobrero
para el ignoto huésped que depara el destino;
estar medio yo en casa, medio yo peregrino,
persiguiendo el azar, de sendero en sendero...

Saber por cuántas sendas, cuántos pasos se dan,
buscando, en tantos sitios, una misma Apariencia;
tener, en mi hogar, brasas, y marco, en mis ventanas,

para todos los fríos y para todo afán;
y apurar, poco á poco, mi tranquila existencia,
entre un hervor febril de existencias humanas.

V

Por tantos anchos bosques, Otoño amarillea...
La carreta de bueyes, con su carga de helechos,
cuya balumba afirman dos mástiles derechos,
por los caminos, rojos de fango, traquetea.

Secan, al sol, y adornan las puertas de la aldea,
del forraje de invierno, los montones deshechos;
los heniles se colman de yerba hasta los techos;
niños y viejas andan con su carga de tea.

Junto á todas las casas del pueblo, en un rincón,
la leña del invierno va formando montón;
es Octubre; esta noche va á nevar, á la sorda...

Se cerrarán las sendas; quedará reducida,
en todo el pueblo, toda la emoción de la vida
al camino que va de la casa á la borda...

VI

Parto... Me echan los fríos, me reclama el combate;
de mi buena posada salimos yo y los míos;
parto...
Para la lucha, que ha de templar mis bríos,
mi mujer me da el yelmo y mi hijo, el acicate.

Partimos... La tristeza que en nuestro pecho late,
tal vez se os hace extraña, corazones bravíos;
no sabéis por qué, vueltos á vuestros caseríos,
el humo azul seguimos, en el espacio mate.

Era bueno, en la calma cordial de la posada,
hacer siega de estrellas; descontar nuestra añada;
soñar combates épicos y presentir sus modos;

vivir, solos, lo nuestro...
Desde mañana entramos
donde, el haz de esperanzas que de aquí nos llevamos,
—nuestra leña—echaremos en el hogar de todos.

TIERRAS DE ESPAÑA

SEGUNDA PARTE

TRASCENDER

TRASCENDER

PRÓLOGO

La Naturaleza no está sola;
y estas viejas piedras, en las casas,
y estos siglos de hojas, en los bosques,
como mausoleos, guardan almas.

Más que por la línea de sus montes,
más que por el dejo de sus hablas,
por la voz de muertos—que trasciende de ellas—,
estas soledades son Navarra.

Doblo, ante una peña, mis rodillas
y en dos de sus grietas hinco el arpa;
¡pónganme los aires, en sus cuerdas,
la canción que toman de estas hayas!

—Alta noche marcan las estrellas;
el paisaje de árboles y casas
lo soslaya, cándida, la luna
y proyecta sombras á distancia.

Sombras á distancia, que se animan;
sombras impalpables, que se agrandan
en remotas gestas de otros tiempos...
Solos, en la peña, cantan aire y arpa.

LA FUENTE DE ROLDAN

CANCIÓN DE GESTA

INVOCACION

Cuando los hombres son de tu temple, Roldán,
mueven á adoración dondequiera que van;
viven de corazón; no tienen otro afán;
todas las tierras son patria suya, Roldán.

Ni francés, ni bretón se acopla á lo inmortal;
ni cuja de lanzón, ni espada de metal;
dar al bien tu sanción y perseguir el mal;
no el francés ni el bretón te hicieron inmortal.

Traspone su Nación quien obra así, Roldán;
los frutos de su acción por todas partes van;
vive la creación pendiente de su afán;
todos los hombres son hermanos de él, Roldán.

Si hago la evocación de tu sombra inmortal,
como es de corazón, no lo lleves á mal;
toma en reparación mi pobre cantoral
de esta misma región, que te ha sido fatal;
y ella tome en lección tu bravura cordial,
ya que es de mi Nación hacerse á lo inmortal.

LIBRO PRIMERO

I

Los pastores descubren, á horas de aurora,
desde el Orzanzurieta de espalda corva,
la serpiente de acero que se desdobla,
por hayedos y valles, sobre Pamplona.

La jara se abre, al golpe de las manoplas;
la yerba de los prados toda se agosta;
y de lanzas y picas viene tal copia,
que son dorso de erizo todas las lomas.

Carlomagno va al frente, con su corona;
Roldán sigue sus pasos, de maza y cota;
y al otro lado, el túnico sobre las corvas,
Turpín, el Arzobispo, que le razona

Los doce Pares vienen, entre la tropa;
en el casco embutidas piedras preciosas,
petos de oro y, prendiendo la capa lora,
broches, de los que labra Constantinopla.

Vuelven de escaramuzas con gente mora;
vinieron á terceros, en la discordia,
y combatieron—que era darle victoria—
por el Emir intruso de Zaragoza.

Cuando le dan el trono, pleito le toman;
vasallaje él les jura, por su persona;
y ellos llevan, en prenda, cuando se tornan,
cien mujeres y un arca llena de joyas.

Camino andando que hacen, Turpín razona:
«¡Bien la hubimos, en esta de Zaragoza!
»Pero cuenta, mesire, que se malogra,
»no atendiendo al provecho, más que á la gloria.

»Esta llave de un Reino, que va en tu bolsa,
»y estos pactos, que en feudo te lo abandonan,
»Emperador de Francia, ¿qué son, ahora
»que, entre Francia y tu feudo, vela Pamplona?

»Si, en fe de amiga, hoy abre paso á tus glorias,
»mañana, ¿quién te dice que no se oponga?
»Mira que es primeriza de la Basconia,
»pero tiene, en sus muros, dientes de loba.

»Si hacerla tuya cuidas que te deshonra,
»guarda la fe jurada, que es fuerte cosa;
»pero, en escaramuza, deja á tus hordas
»que destrocen sus muros, como que ignoran.

»Tú, como que castigas, pon cara fosca
»y entra á acabar la algara, de tu persona,
»cuando, el muro hecho ruinas, á la redonda,
»sin garras y sin dientes quede la loba.

»Mira, si me desoyes, que hoy abandonas
»para siempre estos llanos y estas congostas;
»vana jornada hiciste, no se te logra;
»¡dile adiós á tu feudo de Zaragoza!

»Tierras codiciaderas, tras ella asoman
»Ilercia y el condado de Barcelona;
»y, tendido en promesa sobre sus costas,
»todo el mar de romanos hasta Mayólica.

»Da tu adiós á estas piedras de tu corona,
»si no cortas la mano que te las toma:
»esta muralla oscura, si hoy no lo estorbas,
»ha de tapar tu estrella como una sombra...

»Di mi consejo...—y quiero, si me lo otorgas,
»que á mirar nos paremos el pro y la contra,
»antes que sea tarde, junto á Pamplona,
»de estos siglos de hayedo bajo las copas.»

Comidió Carlomagno: que es fuerte cosa,
rompiendo la fe dada, crecer en honra;
echó pie á tierra luego, paró á su tropa;
sonaron en la selva cuernos y trompas.

Las lanzas de su lumbre rompe la aurora
en lorigas y cascos, petos y cotas;
y á consejo se sientan, sobre unas rocas,
el Magno y sus caudillos, á la redonda.

II

A Turpín todos siguen en el consejo;
ya va, por las mesnadas, un lampo bélico;
las manoplas y mazas prueban sus hierros;
¡los muros de Pamplona vendrán al suelo!

Los doce Pares se alzan, de los primeros;
como todos son mozos, son todo fuego;
«¡verán las cien cautivas, de ojos tan negros,
qué es ser, en los peligros, Pares del Reino!»

Carlomagno en los puños tiene revueltos
los chorros de su barba, color de acero;
mira aquellos alardes, con entrecejo;
Roldán, que está á su lado, guarda silencio.

«—Roldán, el brazo mío, ¿cómo te veo?
»Si no da sobre el yunque, ¿para qué quiero
»tener, en ti, la maza mejor del reino?
»¿Qué haces, maza, en el yunque de mi consejo?

»—¡Forjaría una espada, mi señor bueno!...
»Dios me lo está mandando, pero la temo.
»Si traigo la discordia con mis consejos,
»¿no es mejor que mis labios guarden silencio?»

Todas las trompas hacen el llamamiento;
Carlomagno, en sus plantas, se irguió soberbio;
y, en el hayal entrambos, del hayal dueños,
Roldán es como un roble y él, como un cedro.

«—Caballeros de Francia, mis hombres buenos;
»doy á Roldán la mano para el consejo;
»como de mis caudillos habla el postrero,
»que él recoja, en su juicio, todos los vuestros.

»Terminado que él hable, guardad silencio;
»hombre de brazo, hablando, falla á derecho;
»de sus razones, hago mi mandamiento;
»las palabras que él diga las cumpliremos.»

Tiende el brazo, jurando; y es tal su peso,
que, al recibirlo, el aire para, suspenso;
con Carlomagno juran sus caballeros;
los doce Pares guardan el brazo quieto.

Roldán habla, á seguidas, sin miramiento:
«—Carlomagno el romano, señor de pueblos,
»Dios te dió la corona, Dios te dió el cetro;
»Dios, el manto marino de tus imperios.

»Dios te ha dado tu trono; Dios, tus ejércitos;
»Dios, la mano que es tierra, la ley que es hierro;
»Dios te ha dado, en los años, tus consejeros:
»tú sólo puedes darle tu fe de bueno.

»Dios puede arrebatarte corona y cetro,
»la cohorte de gloria de tus ejércitos,
»hacer tu trono astillas, polvo tus huesos:
»sólo no ha de arrancarte tu fe de bueno.

»Carlomagno el romano, señor de pueblos,
»que tus entrañas sean pasto á los cuervos,
»tu propia vida entrega, ya no tu reino,
»¡antes que quebrantarla, tu fe de bueno!

»La fe jurada es flecha que guarda el cielo.
»Los muros de Pamplona ceden á un cerco;
»¡resiste eternamente Dios, en lo eterno!
»Rey que no guarda juros, no guarda pueblos.

»Respetemos la villa, señor el bueno;
»tu fe, de que la has dado, crea derecho;
»tus triunfos, contra ella, son vencimientos;
»si tu reino peligra, ¡pierde tu reino!

»¡Si tu reino peligra, pierde tu reino!
»te lo he dicho dos veces; ¡óyelo ciento!...
»Cuando, mendigo errante, por los senderos,
»llegues al otro lado del Pirineo;

»cuando aquí te dejares corona y cetro,
»tendrás, en tus entrañas, tu fe de bueno;
»Dios contigo; y enfrente del universo,
»tu Roldán, con su maza, de valedero.

»Tu Roldán, que te grita: Señor de pueblos,
»mira á tu fe jurada, no á tu provecho;
»Dios me puso á tus plantas para tu siervo
»y, cuando el tuyo pierdas, á fe de bueno,

»¡mi maza es un martillo que forja reinos!»
—Las últimas palabras no toman viento;
Carlomagno, en sus brazos, le tiene prieto;
callan todos, por que hablen pecho con pecho.

A la tarde, salían de los hayedos;
Roldán y el Rey arrastran todo el ejército;
sólo los doce Pares quedan adentro.
—Con sus mesnadas hacen pacto secreto.

III

Este es Renardo el monje, que les aboga,
la cruz entre sus manos, la fe en su boca,
cuando Carlos conoce la gesta odiosa
de sus Pares de Francia sobre Pamplona...

—«La injusticia del hecho compreden toda;
»que tú no lo quisiste dirá la Historia;
»Dios ha visto en tu entraña; tu, rey, ahora,
»mira á sus mocedades y les perdona.

»Estas hembras cautivas, las de Mahoma,
»á taimadas, son causa de la discordia;
»que el hecho fué, por darles la vanagloria
»de una fiesta de guerra, sobre Pamplona.

»No profanaron templos; no llevan joyas;
»cautivos no pidieron á la Basconia;
»no hicieron daño, sire, de sus personas,
»si no es en las murallas, que dejan rotas.

»Por Este, en cuya sangre renovadora
»ya se lavaron, sire, las culpas todas;
»por tus barbas belidas, que en nieve agostan,
»mira á sus mocedades y les perdona.

»Mira, sire, que al cabo, si á ti te enoja,
»la deshonra aceptaron sólo en tus honras;
»que, á favor de sus armas, tienes, ahora,
»libre el paso á tus feudos de Zaragoza.»

Carlomagno revuelve la faz en sombra;
la batalla perdida tiene el que aboga;
dos rayos son, debajo de su corona,
los carbunclos bruñidos de sus dos órbitas.

Ya Renardo, el buen monje, para ellos torna...
Roldán se hinca de hinojos y habla, en buen hora:
«—Mira á sus mocedades y les perdona;
»mas disculpa no tienen; pero ésta sobra.

»Si gracia no te valen, en sus personas,
»su prosapia, su alcurnia, su antaña gloria;
»si gracia no te vale su gesta odiosa,
»¡la mocedad de Francia las vale todas!»

La faz de Carlomagno se muda, ahora;
una brisa la envuelve llena de aromas...
¡Qué laderas floridas, en su Narbona!
¡Mocedad la de Francia, jardín de rosas!

El monarca y el héroe callan la boca;
que entrambos pensativos, entrambos lloran:
¡mocedad la de Francia, jardín de rosas!...
«—¡Ve á los Pares y diles que les perdonan!

»Que el Rey olvida... ¡olvide, con él, la Historia!...
»Cuanto al camino abierto de Zaragoza,
»diles que, de este paso, no se hagan honras;
»no hay murallas más altas que una fe rota.

»Diles que aten los cueros sobre sus cotas;
»¡bien la hubieron, allende!... Quedan ahora
»unos muros, más fuertes que el de Pamplona...»
Señalaba los montes de la Basconia.

Cede el Rey; á sus dueños el monje torna;
Roldán, en sus entrañas, siente la Historia;
lo que piensa ya en hecho se le transforma;
vuelto al Rey, casi ordena, más que razona.

«—¡Mal ceño Roncesvalles, sire, me toma!
»Pasadlo vos, llevando la hueste sola;
»ni cautivas, ni carros; que, entre las rocas,
»si es ligera una marcha, nadie la estorba.

»Con bagajes y carros y arcas de joyas,
»yo os quedaré, á la zaga, sire, en buen hora;
»y así ambos pasaremos, si se nos logra,
»vos, el lampo; yo, el peso de la corona.

»Con dos de sus mesnadas me den escolta
»los doce Pares, tea de esta discordia;
»ellos, que tal hicieron, tal riesgo corran;
»¡yo, sire, en ampararles tenga mi gloria!»

Comidió Carlomagno: que es fuerte cosa
dejar tras sí, en el héroe, media corona...
«—Si, yo lejos, peligras entre las rocas,
»Roldán, ¿cómo me llamas por que te acorra?»

«—Para mi guarda, sire, mi maza sobra;
»cuando peligren todos, tengo mi trompa;
»¡y si por Francia, en ella, mis labios soplan,
»no han de parar sus ecos hasta Narbona!»

Hablaron... y era el día que, á horas de aurora,
desde el Orzanzurieta, de espalda corva,
les vieron los pastores ganar las lomas,
como sierpe de acero que se desdobla.

LIBRO SEGUNDO

I

Carlomagno y sus tropas toman la delantera;
casi á filo, los hombres pasan la torrentera;
cuatro en fondo no caben, de tan angosta que era;
Carlomagno, en las peñas, roza con la estribera.
Quedan los doce Pares, con Roldán, á la espera;
Roldán se fué á sus solas, para ver la manera
de pasar, á seguras, la balumba guerrera;
las máquinas y carros de la falange entera.

Por el valle, en sus anchos, hormiguea el gentío.
Cierra, á marchas forzadas, un crepúsculo frío;
moja el agua flotante de las nieblas del río;
como la noche llega, todos hacen avío.

Todo son correrías por el valle sombrío;
todos, gritando, acucian, que asorda el vocerío;
quién desunce los bueyes; quién trae leña, radío;
quién arrima las yeguas al caño manantío...

Este apila, en trofeos, lorigas y brazales;
aquél descarga el hato y aquél arma tendales;
las mujeres atizan el fuego de jarales;
los hombres hacen cuento de episodios marciales...
Todo el valle han poblado; se entran por los breñales;
quién va al magosto, á oscuras; quién roba recentales...
Cuando la noche llega, hierven en los fornales,
de la infurción nocturna las ollas colosales.

Los doce Pares buscan un sitio en la pradera;
cae á siniestra mano, rostro á la torrentera;
y es un retiro lleno de paz codiciadera,
donde, templando el frío que en la humedad prospera,
unas hayas detienen la niebla volandera.
El Real de los Pares tiene fama doquiera:
sedas de Oriente, argollas con hachones de cera
y los lechos mullidos de pieles de pantera.

Sobre las hojas secas y el matorral de espinos
extienden por el suelo tapices bizantinos;
para abrigar los aires, en vasos argentinos,
sándalo y cedro queman y resina de pinos;

á su mandado, apresan los esclavos beduínos
los rebaños que pacen por los prados vecinos
y les traen sus bufones, para escanciar los vinos,
doce cautivas moras de labios purpurinos...

El aroma especioso del sándalo ferviente,
por el ramaje opreso, se queda en el ambiente;
y flota, como el dejo de una visión de Oriente,
que el fulgor de la lumbre modela vagamente...
Las cautivas descogen los velos de su frente;
y, á la tibia caricia de tanta hoguera ardiente,
macerarse en perfumes, cada una de ellas, siente
la magnolia del cuello y el hombro transparente.

Sobre las áureas mesas espanta la riqueza.
El rubí de los vinos incrusta su fiereza
junto á los rubios frutos, de olorosa corteza;
traen entero un venado, que es una brava pieza;
la canela y el Chipre le quitan su aspereza;
los ministriles hacen acorde, en la maleza;
y excitan y atropellan la bacanal que empieza
los bufones, expertos en juegos de destreza...

Un beduíno, que antaño fué grande en su nación,
melancólico tañe la guzla en un rincón;
los ministriles callan por escuchar el son;
la queja de la guzla cobra más expresión...

Toda la noche, en ella, se hace modulación;
á una mora cautiva le llega al corazón,
y, al rocío de lágrimas de su propia emoción,
como un lirio, en la noche, florece la canción.

II

(Kasida.)

Si me era Moraima, mora,
¡que Aláh te guarde, el Rumí!
De tu cautiva que llora,
¿quién tiene la cura aquí?
Tengo mensaje
para mi tierra...
¿qué hombre de guerra
lo llevará?...
Tórtola mansa de mis cantares
que, requerida de tus hogares,
ves, desde lejos, sus almenares,
cuando los busques, entre azahares,
¿qué mano dura te apresará?

Si me era Moraima, mora,
¿por qué me guardas, Rumí?
Cuando mi sultán me adora,
¿por qué estoy tan sola aquí?
Las mis esclavas
soltad mis velos
y por los suelos
caiga el caftán...

Del agua tibia toda olorosa
dadme el abrigo, que me reposa...
¡Todo es en vano; la fiebre acosa;
porque hoy, esclavas, no es esta rosa
para las manos de mi sultán!

Si me era Moraima, mora,
¿por qué me apresas, Rumí?
¡que Aláh mis trenzas, ahora,
torne en sierpes para ti!
Tengo tus ojos
en mi pupila;
y ella destila
tu perdición...
Para tus ojos de nazareno,
sangre de hechizos guardo en mi seno;
si tus codicias no tienen freno,
¡bebe en mi aljibe; todo es veneno
para tus labios, mi corazón!

Yo me era Moraima, mora...
mal que tú mueras, Rumí,
¿qué es, para el alma que llora,
tomar venganza de ti?

Yo me era fuente de plata,
me abría á la luz, en flor;

me era flor de agua, en la mata
de mi oriental surtidor...

Partía el aire, atrevida
de audacia, al primer arranque,
para tornar á mi estanque
deshaciéndome de amor;
que le bastaba á mi vida,
para sus fulgores de astro,
con el tazón de alabastro
de mi oriental surtidor.

Mañana y tarde, á la vera
de mis caudales, venía
mi sultán, que apetecía
las aguas de mi caudal;
yo me era flor bayadera;
y él, en el aire, seguía
las danzas que el aire hacía
con mis hojas de cristal.

Beso que á mis pies ponía,
yo á la luz me lo llevaba
y blanco lirio tornaba,
descogiéndose, en la luz;
y él, por Aláh, me juraba
que el paraíso veía,
cuando el sol le sonreía
de mis aguas al trasluz.

En el agosto y sequía
de nuestras tierras de estío,
mis aguas eran rocío
para mi sultán, Rumí;
y si una racha venía
del ábrego, á deshacerlas,
le adornaban, hechas perlas,
la cinta del tahalí...

¡Quién á mi garganta diera,
para morir, este día,
la reluciente gumía
de mi indolente señor!
¡Quién, como entonces, tuviera
su amor en él y su raza,
cabe la redonda taza
del oriental surtidor!

Si mis aguas apresaron
en barro de alfarería,
¿por qué no se evaporaron
en el aire, al trasmudar?
Hoy blanca nube sería;
y en lluvia me desharía,
si el aire me transportaba
de su nevada alcazaba
sobre el tranquilo alminar...

Yo me era Moraima, mora;
¡maldígate Alah, el Rumí!
De tu cautiva que llora,
¿quién tiene la cura aquí?

. . . .

. . . .

—Murió el canto, en el aire; siguió la guzla viva
ritmando el son monótono de su queja nativa...
Dormía ya, en las tiendas, toda la comitiva.
Los rescoldos de hoguera, que un beduíno aviva,
daban un lampo oscuro de mirada lasciva;
y angustiaba la queja de la guzla expresiva;
agrandando el misterio que, en la gran noche esquiva,
dejó al callarse, ahogada, la voz de la cautiva...

III

Roldán sabe el peligro; no lo corrió mayor.
La cañada es estrecha; puesta entre alcor y alcor...
Deja que pasen días, por que el Emperador
esté en Francia, á seguras, cuando empiece el horror.
Sabe que, en la cañada, huelga todo valor;
no es cosa de los hombres, es cosa del Señor;
si atacan y el Rey quiere serles amparador,
quedaría en el puerto todo el imperio en flor.

Deja pasar la noche, tras ella la mañana;
los días que transcurren son casi una semana;
ya murmura del héroe toda la caravana;
van menguando las presas; viven de mala gana.
Se agostaron los prados de la yerba lozana;
todos oyen las voces de la patria cercana;
y á diario la evocan, al son de la campana
de los monjes, que rezan la misa cotidiana.

Todos muestran cansancio, sino los doce Pares...
En el Real abundan los vinos y manjares;
sus cautivas les curan de todos sus pesares;
y entretienen sus ocios bufones y juglares.

De fijo, no estuvieran mejor en sus hogares;
colgaron de tapices las hayas seculares;
con mayor pompa viven que Dios en sus altares
y sus caballos pacen los mejores henares.

Resuena, por las hoces, la trompa de Roldán;
cruza el campo la nueva que á levantarlo van;
todo son correrías; y, en el primer afán,
todos buscan las armas, no saben dónde están.
El rumbo á Francia ponen... ¡bien pronto la verán!
A deshacer tendales todos el brazo dan;
para augurar del vuelo, sueltan el gavilán;
al Real de los Pares se encamina Roldán.

«—En el nombre de Dios, el momento ha llegado;
»nadie extrañe la espiga del trigo que ha sembrado;
»si os conduzco al peligro, me quedo á vuestro lado;
»Francia os mira, celosa del nombre que os ha dado.
»Esta es tierra de amigos; Dios quiera de buen grado,
»pagarle el noble asilo que en ella hemos hallado;
»mal que luego nos fuercen, ¡nunca sea probado
»que Francia no agradece merced que ha descontado!»

Habla Oliverio el mozo, que es de estirpe real;
los Pares en él miran su señor natural:
«—El bien que nos ha hecho, yo no lo cuido tal,
»páguelo Dios, si quiere; no he de llevarlo á mal.
»Del daño que nos hagan ya me cobré el cabal:

»queden á buena cuenta, por mí y el mi casal,
»los rebaños diezmados, el prado hecho erial,
»y de mis propias manos abrasado este hayal.»
Con un hachón quemaba los paños del Real.

Ríen los doce Pares; Roldán palidecía;
vuelto á la muchedumbre, su voz la contenía:
«—Pandilla de rapaces no es de la tierra mía,
»¡mi maza, sobre el cráneo del osado que ría!
»Mal haber monedado, Pares, vuestra ironía;
»si á enmendarla no llego, mal nacido sería.
»Los rebaños diezmados, los campos en sequía,
»¡Dios me es testigo cómo los pago en este día!»

Con su mandoble en punta, sobre un peñasco hería
y brota, al golpe, el caño del agua manantía...
Moja las tierras yermas, que las reverdecía;
las praderas recobran toda su lozanía;
el corazón del héroe sobre el agua corría;
la mesnada, al prodigio, de rodillas caía:
la bondad de los buenos cura toda sequía;
tanto impulso dió al agua, que hoy mana todavía...

—Cava peña bendita de mis tierras de España:
atestigua del hecho; guarda el nombre, en tu entraña,
del que, en estos caudales del agua que te baña,
te dió la flor postrera de su postrera hazaña—.

Los doce Pares tiemblan á la señal extraña;
mueve el héroe, en silencio; su hueste le acompaña...
Como el destino, muda, implacable y huraña,
delante de ellos abre su fauce la montaña.

IV

EPÍLOGO

Va la Rota cumplida.
No se ha dado batalla;
caen las peñas encima del ejército franco;
y los bascones vengan la deshecha muralla,
ocultos en los muros que forman el barranco.

Impávido, en la oscura rigidez de su cota,
Roldán queda á los hombres en perdurable ejemplo:
y se destaca, sobre las peñas de la Rota,
como un relieve en bronce sobre el frontón de un Templo.

Su áurea trompa, en sus manos, tiene un ígneo destello;
soplando en ella, manda sus ecos á distancia;
y el héroe, heroicamente, muere llamando á Francia
con tal ansia, que estallan las venas de su cuello.

De su propio ardor muere; no de espada enemiga.
Carlomagno le ha oído desde tierra francesa;
cuando le encuentra muerto, cae de hinojos y besa
la yerta mano, sobre la combada loriga.

Levanta, á las cenizas de tantos infanzones,
un tosco mausoleo, que de sus manos cierra;
cuanto á Roldán y al lampo de su gesta de guerra,
le dan sepulcro todos los francos corazones.

Pero cenizas de héroe se salen de una tierra
y él vive en la memoria de todas las Naciones.

SANCHO EL MAYOR

ENSAYO DE CRÓNICA RIMADA

INVOCACION

I

¡Qué gloriosa armadura para el buen caballero!
La lanza, Asturias; Burgos, el mandoble guerrero;
León, en sus blasones, la loriga de acero;
y Navarra la maza para el buen caballero.

Tanta copia de tierras, del monte á la llanura,
bajo el manto de un rey no caben, en su holgura:
Rey que uniera estas armas, ¡qué soberbia figura!
—Como están separadas, no forman armadura.

¡Burgadas de los llanos, almunias y cabañas;
castillos fronterizos y torres de montañas:
dime cómo nacías, de tus propias entrañas,
cuando no eras, España, reino de las Españas!

Almanzor daba al aire su triunfante pendón;
Galicia era un misterio, su cifra era León;
Asturias, un milagro; Castilla, una ambición,
y la Navarra, un hecho: no pedía sanción.

II

Los Reyes, en la fuerza, labraban su derecho;
y tanto el regio arbitrio palpitaba en la ley,
que villana que con su rey partía el lecho,
se quedaba en villana, pero paría Rey.

Sobre los desgarrones de las patrias heridas,
la corona ponía sus relieves de oro;
y junto á nuestras íntimas batallas aguerridas,
eran escaramuzas las guerras con el moro.

Resurgían, debajo de dos dominaciones,
de la autóctona Iberia los pruritos nativos;
y, deshecha la obra de los dos Escipiones,
en pieles y en abarcas de astures y bascones,
renovaban á España sus núcleos primitivos.

Si en círculo de hierro la apretó la morisma,
su horma estrecha fué causa de acelerar su estrella;
porque, obligada entonces á vivir de sí misma,
¡vertió su propia sangre, para amasarse en ella!

¡Luchas horrendas!...
Lucha de padres y de abuelos
con los nietos, los hijos y los propios hermanos;
las coronas se alzaban sangrientas de los suelos;
y manos de asesino fueron ungidas manos.

Por todas partes, sangre. Los llanos, las montañas
conocieron su púrpura; y, en un parto invertido,
España, á las esperas de su gran reino unido,
fué por todas sus tierras dejando sus entrañas.

Almanzor daba al aire su triunfante pendón;
Galicia era un misterio, su cifra era León;
Asturias, un milagro; Castilla, una ambición,
y la Navarra, un hecho: no pedía sanción.

III

El destino futuro predestinaba...
Y antes
que el vago ensueño regio se encarnara en la vida,
ya unas manos guerreras de gestos imperantes,
se ensayaron á hincar los carbunclos radiantes
de una sola corona, sobre una España unida.

Todo gran hecho tiene su prosapia de intentos;
y toda flor etérea, sus raíces terrenas;
que si el pendón glorioso refulge en las almenas,
la mole del castillo descansa en sus cimientos.

Lo aborigen no tiene sanción...
Sombras de olvido
cubren, como un sudario, las predestinaciones;
y el que pasa á su tiempo, de su tiempo vencido,
no recoge el tributo de las generaciones.

Pero las arpas, hechas á ingratitud, serían
perjuras de sí mismas, si su voz no trocara,
enmendando los yerros que los hombres hacían,
en horca los altares y la picota en ara.

IV

—Canto un Rey que fué tuyo, Navarra, y fué de España:
á su visión profética llamaron ambición;
pasando por Castilla, dejó ver en León
su catadura tosca de Rey de la Montaña.

Toda la alta Basconia, todo el Pirene, en su ancho,
desde Tolosa, en Francia, le tuvo por señor:
fué Rey tuyo, Navarra; y era aquel Rey don Sancho
que, por grande entre grandes, se apellidó el Mayor.

Con su nombre, sus sueños, el legendario Abarca
dióle, desde su oscuro sepulcro de pastor;
él prefirió á su sangre, su cetro de monarca;
y en tan holgados reinos engrandeció su Marca,
que su hijo, en su sepulcro, le llama Emperador.

I

Que don Sancho vuelve triunfador de ultrapuertos.—De su marcha por la Sierra.—De su casa y mujer, en Pamplona.

Don Sancho, Rey de los montes, de su Tolosa volvía;
á sus espaldas murmura la gente que le seguía;
pocas holganzas reciben del hijo de don García;
la hueste es cara de abarcas; que las gastan cada día.

De pacificar Tolosa, la sierra suso venía;
cuatro guerras viene urdiendo, según que avanza su vía;
las dos, con los sarracenos de España y de Morería;
las dos, con Reyes cristianos que le han de dar pleitesía.

Sus buenos cuatro mensajes, en sendas mulas, envía;
de que los mensajes parten, Rey don Sancho sonreía:
cuatro guerras que le esperan, ¡qué hazañas acabaría!

Dobla el Pirineo, á tiempo que el cielo se oscurecía;
descabalga y, por las riendas, del negro trotón asía;
que la vertiente es traidora; pero el Rey la conocía.
Vuelve el rostro y se detiene la hueste que le seguía...

Venia cada cual recibe de holgar donde más quería;
les cita para el alarde, mañana, á punta de día;
los que temen á la noche, busquen buena compañía;
que él ya se tiene sobrada con la espada que traía...
Se ha dispersado la hueste, que el hayedo la engullía.

Tira el trotón del rendaje, deteniéndose en la vía;
la buena yerba, en la fresca de la tarde, trascendía:
Don Sancho suelta las riendas, y el potro, mientras pacía,
parando á mirarle, muestra que bien se lo agradecía.

Solo, á solas, en la noche, don Sancho andando seguía;
ni hambre ni fatiga siente, ni la helada que caía...
Piensa en el hogar de leña que pronto le acogería
no lejos, junto á su Urraca, que tan buena dueña hacía...

Piensa hablarle de las guerras y las ansias que traía,
bien á solas; junto al horno, donde su pan le cocía,
dando sebo á su coraza, que de los cueros crujía,
tranquilo, en aquel Casal, que mejor no lo tenía
la su ciudad de Pamplona, que llaman Navarrería...

II

Que el Rey don Sancho cobraba pechas. — Cuáles eran. — Por qué cobraba pechas el Rey don Sancho.

Sancho el Rey tiene las pechas de sus villas y ciudades;
los diezmos de veinte iglesias, el quinto de tres abades;
el agua y tierra del reino son, ambas, sus heredades,
sino las que ha dado á hidalgos; que tienen sus libertades.

Son del Rey Sancho los hornos y más de veinte molinos;
el tanto de los pontajes y el tanto de los caminos;
por el almudí de granos le tributan los vecinos
y por los montes y pastos, que le cobran sus merinos.

Tablas tiene en los mercados de sus villas principales;
en las riberas, la pesca, y el aldaca, en los corrales;
la sayonía, en los huertos; las tasas, en los feriales;
las tiendas de los judíos le rinden buenos caudales.

La labranza, en tierras suyas, pecha de sus hombres era;
cuando organiza su hueste, le deben la fonsadera;

le pagan cena, en las villas, de que avistan su bandera;
—la espada del Rey, por todos, sale á contienda guerrera

Y hay la justicia de un pacto sencillamente asentado
entre este pueblo, en el cetro, libre de todo cuidado,
y este buen Rey de los montes, batallador y hacendado.
que vive de sus conquistas, sus hornos y su ganado

III

Que el Rey don Sancho cazaba.

Sancho el Rey es recio de hombros, corto de cuello y [barbado;
lleva coraza de cuero sobre el pellizón holgado,
grueso espaldar y, en invierno, por todo el monte nevado,
las legendarias abarcas de su noble antepasado.

Es cazador y hace treguas para cazar, descuidado;
él solo avizora el rastro del jabalí y el venado;
da la mitad, á sus huestes, de las presas que ha cobrado;
la otra mitad á la iglesia; que le tenga encomendado.

Las mañanas que va al monte no las pierde de su grado:
aprende de sus jaurías el acoso en descampado;
juega el venablo y se adiestra á detener, esforzado,
por las garras, á los buitres que le pasan por su lado.

Si no halla rastro y el día viene á todo sol entrado,
Rey don Sancho, en una peña, deja el venablo parado,
descíñese de sus cueros y, en su buen monte callado,
se está á pensar, bajo un haya, del gobierno de su Estado.

IV

Que doña Urraca muere. — Que el Rey don Sancho le guarda luto, callando.—Que el Rey don Sancho junta á sus hombres y quiere campear.

Murióse la doña Urraca que hacía tan buena dueña;
le tuvo honestos amores y un hijo le dejó en seña;
cuando Rey Sancho le mira, mientras que le mira, sueña:
«¡Mi reino ha de ser muy grande para tu mano pequeña!»

Rey don Sancho es todo al modo de sus vasallos bascones;
de su sentir á sus manos tardan largo las acciones;
tritura y amasa y cuece como el pan sus emociones;
la vida le da cachorros, y él le devuelve leones...

Murió la su dueña Urraca; llevó callando seis días.
Sus condes y sus bailíos le guardan las agonías;
de que el Rey vuelve á hablar, dice:
«—Juntadme las huestes mías;
»moveré guerra á los moros de todas las morerías.

»Cincuenta batallas hizo por el califa, Almanzor;
»cincuenta veces á Córdoba se recogió vencedor:
»si á presas con él viniendo, no le llamare traidor,
»¡nadie diga que á su dueña lloró bien Sancho el Mayor!»

Las campanas de sus burgos rebaten al apellido;
toda la tierra, allén puertos, se mueve al bélico ruido;
todos los bascos, que á sueldo el de Borgoña ha tenido,
de que Navarra campea, para su campo han venido.

Nunca tuvo Rey de Montes tan poderosa mesnada;
para el alarde, Rey Sancho lleva desnuda la espada.
Cuando le probó las fuerzas, después de la cabalgada,
«¡Soberbia hueste—se dice—no te has de ver malparada!»

Tres días de plazo pide; vuelve á montar en su silla;
toda la hueste, á sus plantas, los estandartes humilla,
y él parte, acuciando el potro con la espuela y la rodilla,
para García, el buen Conde que era señor de Castilla.

V

Que el Rey don Sancho de Navarra paata unión liga con el conde de Castilla.—Que el monarca de León ha de unírsele también.—Que el conde don García de Castilla, en prendas del pacto, entrega su hija doña Munia al Rey de Navarra para esposa.

A poco de hablar don Sancho, ya ve el Conde su intención;
más que la mente, á sus voces, se le mueve el corazón;
que no extrañarán los pueblos de sus señores la unión
cuando montes y castillos entrambos de piedra son.

«—Unidos, Conde García, yo vos confío en misión
»de traer para nosotros al monarca de León;
»si mucho los tres podemos, aún podrá más nuestra unión;
»si hablamos igual romance, cumplamos la misma acción.»

No se parte el de Navarra sin una nueva emoción;
el Conde ordena su hueste por hacerle dignación;
se está mirando el alarde don Sancho, en el torreón:
pasa, vestida de acero, Castilla con su pendón.

Y entonces siente don Sancho lo nuevo de su razón
viendo por él unas gentes que gentes suyas no son;
el respeto que el alarde le pone en el corazón,
es cosa más que del mundo; parece de religión.

Y entonces otea Sancho toda su generación,
y ve un imperio futuro que es más que tierra y blasón;
y á sí mismo se amonesta, temblando, en el tarreón:
«—Rey que no pasa á su reino no cumple con su misión.»

Tratada queda la Junta; sólo falta el de León.
El viejo Conde á don Sancho le ha puesto una condición,
que, pues el Navarro es viudo, que en prendas de aquella unión,
case con su hija; que él jura de hacerle la dotación.

La despedida y las nupcias en el mismo día son;
doña Munia es rica hembra y el Rey soberbio infanzón;
don Sancho jura de honrarla después de la bendición
—por aventura, la Dueña le acoge de corazón.

VI

Que los tres reinos unidos derrotan á Almanzor. — Que el caudillo no sobrevive á su rota. — Notables palabras que Almanzor, muriendo, dice á su hijo.

«Si mis victorias segaron, ¿no me tenían que herir?
»¿Qué ha sido de mis caudillos, que no acuden á su Emir?»
Un esclavo, que le escucha, se acerca para decir:
«Los que no son prisioneros yo les he visto fuir.»

En Medinaceli plañe la rota suya Almanzor;
don Sancho, Rey de Navarra llevóse todo el honor;
cuando tres reyes se juntan, de poco sirve el valor...
¡No la olvidarán los moros la de Kalat-al-nosor!

Los de Castilla vinieron con sus recias armaduras;
Navarra, el rojo estandarte se trajo de sus alturas;
seguían los leoneses en buenas cabalgaduras;
Guipúzcoa, con sus tres manos, cerraba el campo á seguras.

Al hijo suyo, que vino desde Córdoba á su tienda,
como llora, Almanzor manda que se reporte y le atienda;
le dice de sus contrarios; de cómo fué la contienda;
lo que él aprendió muriendo quiere que, en su muerte, aprenda:

«—En el nombre de Aláh el grande, clemente y dispensador:
»primero, hijo mío, cuida que eres sangre de Almanzor;
»que si, en cincuenta victorias, di pruebas de mi valor,
»¡muero en mi rota primera por no vivir sin honor!

»Cuida que nuestros contrarios de reyes pasaron ya;
»más que sus reinos, defienden lo que sobre el reino está;
»la rota á mí me confunde, pero á ti te servirá;
»cuando dos reyes se juntan, viene con ellos Aláh.

»Di al califa, si yo muero, que en nombre mío le pides
»que ya no fíe en el mando de Almohades y Almoravides;
»en sus palacios de Córdoba, di al califa y no lo olvides,
»que ya es la fe quien dispone de la victoria en las lides.

»Muero, cuando está la liza más á porfía empeñada;
»muero, cuando se unen reyes para oponernos mesnada;
»¡feliz tú si, al morir, logro que, en la nueva cabalgada,
»tu fe opongas á su fe más que tu espada á su espada!»

No dijo más, en su tienda tornando su Aláh, Almanzor.
Por él fué rota sonada la de Kalat-al-nosor;
honrado enemigo ha sido; su mortaja es su valor;
¡descanse en paz quien, muriendo, dió á nuestras armas honoı

VII

Que los grandes señores abusan de su poder. — Que los pecheras llevan una vida misérrima.—Que el Rey don Sancho da fueros á ciertas villas suyas y por qué.

Como son señores en sus heredades,
todo lo trastornan, con sus voluntades,
y entran á cuchillo, los Condes y Abades,
el reino que el cielo les dió á gobernar;
si su Rey lo agranda, lo dividen ellos
y al siervo despojan con sus atropellos;
perpetuar quisieran los tiempos aquellos
en que los Monarcas no tenían sellos
ni una ley escrita donde los colgar.

Cuando suena el bronce para el apellido,
como en sus rapiñas está entretenido,
—tal un buitre, sobre su presa abatido—
no deja sus feudos el Conde señor;
en la hueste regia falta su bandera;
arma sus caberos de mala manera
y no van sus gentes á la fonsadera,
porque él á sus gentes cierra la frontera;
que en tiempos de guerra se roba mejor.

Las almunias rasas, los pueblos vacíos,
las arcas desnudas, los campos baldíos,
los señores pillan como sarracenos.
«—¡En mal hora me ungen óleos de cristiano,
»si el Rey de los Montes no tiene en su mano
»sino los horrores de un pueblo pagano,
»y si no dió Cristo su sangre al villano,
»y si aún hay esclavos que son nazarenos!»

Rey Sancho comide la extensión del mal:
—como entre las olas, con el vendaval,
llegan á las playas, en el temporal,
los despojos muertos que anuncian naufragios—
á las gradas mismas del trono ha venido
á caer la sangre de su pueblo herido;
pueblo y Rey, entrambos, se han visto y oído;
tiene el pueblo un grito que es como un gemido;
pero el Rey un gesto que será un presagio.

El Rey de los Montes se tiene en su silla
corta un pergamino sobre su rodilla,
recorre su pluma la piel amarilla,
y engendra el futuro la virtud del verbo...
«—Mi villa de Nájera será villa franca;
»no tendrá señores...»
Y en su frente blanca
fulge la corona, mientras él arranca
á su pueblo de entre las garras del cuervo.

Sus hombres de Nájera serán su milicia,
no para sus presas, para su justicia;
en sus pergaminos, Rey don Sancho inicia
los sagrados pactos del pueblo y del Rey...
Tiembla de sus manos al renglón postrero;
todas sus hazañas de Rey mesnadero
no valen su sello puesto en este fuero:
que si cuerpo al reino le dió, con su acero,
¡un alma don Sancho le da con su ley!

No marcaron astros lo sacro del día;
no corrió á torrentes la sangre baldía;
la Navarra entera no vió que surgía
ya armada, á sus auges, del puño real...
Rey Sancho que á cabo llevó su tarea,
en las dudas santas de todo el que crea,
á su doña Munia llamó, por que vea
si en el pergamino se remedia el mal.
Llegóse la Reina; lo leyó tres veces,
y ella, tan famosa por sus altiveces,
que nació en Castilla y es hija de jueces,
tornándola á Sancho, lo encontró cabal.

VIII

Que hicieron traición los Velas.—
Que el Rey don Sancho decide
vengar la muerte de su cuñado el
conde mozo de Castilla.

Carbón de la historia, manos de traidor,
la vida pasasteis en obras de horror;
pero sois carbones que pone á esplendor,
sobre sus fornales, Dios Nuestro Señor.

Desde sus castillos y sobre sus llanos
los Fernán-González se hacen soberanos;
lo envidian los Velas, Condes castellanos,
y son sus verdugos más que sus hermanos.

En el odio arraigan las generaciones;
el odio es bandera de sus torreones;
salen al camino como los ladrones;
—los Velas olvidan que son infanzones.

Castilla está en duelo, su Conde moría;
sus fieles vasallos guardan su agonía;

al Conde los ojos le cerró aquel día
su hijo, el hijo bueno que le sucedía.

Don García es mozo cuando entra á mandar;
como con su hermana casó en el altar,
Rey Sancho, al saberlo, dióse á cabalgar;
viene de Navarra por le aconsejar:

«—Castilla y Navarra son reinos amigos;
»si unas bodas fueron siembra de estos trigos,
»de lo que ganaron, no siendo enemigos,
»los triunfos logrados me sean testigos.

»Doña Sancha, hermana del Rey de León,
»buena esposa haría para un infanzón;
»piense el Conde mozo que es buena ocasión
»y mande mensajes con la petición;

»sólo una familia, sólo una corona...»
Rey don Sancho tiembla; tanto le emociona
de verse á sí mismo fundando, en persona,
su sueño de un reino que hacía en Pamplona.

Salen mensajeros á la petición,
y, de que regresan con la aprobación,

parte el Conde mozo para hacer la unión:
lo saben los Velas que están en León.

Suenan chirimías, tocan las campanas,
hay trigo en las calles, seda en las ventanas;
¡qué viva contienda de frases galanas,
mozos leoneses y hembras castellanas!...

Doña Sancha gusta de su prometido;
si es mozo y en años apenas cumplido,
lo que pierde en Conde lo gana en marido;
de elegir por ella, le habría elegido.

Mañana es domingo de bodas reales;
y hoy, como es la misa de los esponsales,
dueñas y doncellas llevan, en señales,
oro de los trigos sobre sus briales.

León todo es fiestas y el cielo alegría.
Descuidado, á misa, sale don García;
piensa en doña Sancha, que le apetecía,
y en aquel hoyuelo que en su barba había...

Como todo es fiestas, todo es confusión...
Llegando á las misas, el Conde infanzón,

entre un alarido de profanación,
dan sobre él los Velas y muere, á traición.

Todo son vaivenes al primer momento;
ya se ve una espada, luego salen ciento;
pero en vano amparan el cuerpo sangriento:
los Velas huyeron en el turbamiento.

Por entre las gentes, llorando atropella
doña Sancha, viuda cuando aún es doncella.
Con qué afán los labios de su muerto sella,
¡dígalo Castilla, que es viuda con ella!

Muy de mozo, el Conde, dejó de reinar;
como con su hermana casó en el altar,
Rey Sancho, al saberlo, dióse á cabalgar;
viene de Navarra para le vengar.

IX

Que el Rey de Navarra pone mano en vengar á don García.— Que da muerte á los Velas. — Que Castilla aclama al Rey Sancho por derechos de su mujer doña Munia.

Como el duelo es tanto, la ocasión es grave;
mucho piden todos, Rey Sancho lo sabe;
la sed de justicia no da largo el plazo.
Quien para los Velas salga, por Castilla,
¡que la espada empuñe como una cuchilla;
de Rey tenga el pecho, de bochín el brazo!

No quiere don Sancho que hueste le siga;
no quiere escudero que ate su loriga;
pero, en el partirse de hierro cubierto,
besa á doña Munia, que es tan castellana,
que arrastra en palacio sus lutos de hermana
y lleva en sus hombros la herencia del muerto.

El Rey de los Montes, de férrea corona,
va á caza de lobos, blandiendo su azcona,
por tus quietas hoces, sierra de León:

¡mala madriguera para los traidores!;
que él sabe de atajos, de hablar con pastores,
de leer los rastros, de acotar alcores
y de armar celadas detrás de un peñón!

En dos días largos, de atisbar no cesa;
al tercer día se cobró la presa;
media azcona entraba por el corazón...
Manda que les corten los pies y las manos,
deja allí los cuerpos para los milanos,
y las dos cabezas de los dos hermanos,
cuando llega á Burgos, ven los castellanos,
goteando sangre, colgar de su arzón.

Tiene un alarido de gozo Castilla.
La su doña Munia le sienta en la silla
que hoy es para reyes y ayer fué de jueces;
sangre de justicia ven los infanzones
en el vello hirsuto de sus pellizones;
—Castilla, de hinojos, le aclama tres veces.

Y él lanza sus huestes contra los señores
que son prole y sangre de los dos traidores:
«¡Para siempre acabe su generación;
»quemen sus castillos, por esas Castiellas;
»tomen sus cenizas y tapen con ellas
»la mancha de sangre que queda en León!»

X

Que el Rey Sancho va de montería.—Que sucede un prodigio en una ermita.— Que el Rey Sancho funda una ciudad.

Sancho unió dos reinos, son mucha heredad;
los defiende en guerras por la cristiandad,
los gobierna en paces á su voluntad;
cuando viene á treguas, funda una ciudad.

Cuando va á la algara no quiere escudero;
él ordena leyes y decide un fuero;
cabalga, en las marchas, sin palafrenero;
—pero, en fundar villas, Dios le es valedero.

Un castillo se alza sobre una colina,
donde más defiende, donde más domina;
ciudad que un rey funda vendrá pronto á ruina,
si no la ha emplazado la mano divina.

Rey Sancho, rigiendo Navarra y Castilla,
con su hierro tiene bastante en su silla;

en sus fundaciones, á Dios se arrodilla;
que es más que unir reinos fundar una villa.

Bajo sus colinas, en su haz ceniciento,
no fueran ciudades sin un pensamiento;
como un cuerpo vivo, tienen sentimiento,
y un milagro, á todas, les es fundamento.

Ya, en aquellos siglos, cuando todavía
Dios inexpresado sólo era armonía,
un bardo, en los valles, su música hacía
y al son acordado la ciudad surgía...

Como todas, nace milagrosamente
ésta, la Palencia de San Antolín...
Cazaba Rey Sancho, la aurora saliente;
latían sus canes, jauría valiente;
sentía la presa cercano su fin.

En el diestro flanco, donde está la herida,
sus cerdas en punta son como cuchillos;
por los robledales, la senda perdida,
se entra en una ermita casi derruída;
y á los pies del ara, buscando acogida,
revuelve las armas de sus dos colmillos.

Rey Sancho la azcona dispararle intenta
y una fuerza oculta le retiene el brazo:
sobre el ara rota se le representa
la imagen borrosa, de áurea vestimenta,
que asilo á la fiera le da en su regazo...

La caza termina.
Rey Sancho presiente
que en aquel prodigio Dios llevaba un fin;
¡fundará una villa, que lo represente!
—y así tuvo origen, milagrosamente,
ésta, la Palencia de San Antolín...

XI

Que emplea el cronista, en hacer una invocación á las villas.

Llena el Reino el eco de la fundación;
Rey Sancho medita, para su intención,
qué fueros le otorgue, con qué obligación;
si tendrá franquicias, qué franquicias son...

¡Villas!...
vuestros siglos lleváis en el pecho
porque, de sus manos, los reyes han hecho
arca, en vuestras casas, bajo cada techo,
que encierra doctrinas, leyes y derecho.

¡Villas!... ¡Flor de reyes y siembra de santos!
La Nación se abriga bajo vuestros mantos;
sois, en vuestros triunfos y en vuestros quebrantos,
la epopeya, el Reino; vosotras, los cantos.

Villas vivideras que engendráis caminos:
nunca os falte el agua, siempre hayáis vecinos;

que los grandes reyes, en vuestros destinos,
nos dejan su historia más que en pergaminos.

Todo Conde en armas sale á campear
y un reino y dos reinos puede conquistar;
Rey que en sus entrañas, para lo expresar,
no lleva á su pueblo, no puede fundar.

Tierra que sojuzga sólo el hierro es vana;
ni entrará en el Reino, ni será cristiana
que no le señalen ocaso y mañana,
un habla de viejas y un son de campana...

XII

Que Bermudo de León mueve querella á don Sancho. — Que don Sancho le derrota, forzándole á huir á Galicia.—Que, finalmente, don Sancho junta en una las tres coronas de Navarra, Castilla y León.

Diz que, á estos alardes de la fundación,
Bermudo se alarma, que manda en León.

Esta, la Palencia del Rey de Castilla,
se entra en tierras suyas y ha de ser su villa.

Los pactos habidos malos pactos son;
mueve sus mesnadas el Rey de León.

Vacila el Navarro, que es Rey castellano;
no quiere contiendas con un Rey cristiano.

Bermudo, en su marcha, no ceja, imprudente;
sus armas ofenden la villa naciente...

Rey Sancho hace campo y el cielo es testigo
que no mueve guerra; pero va al castigo;

que Castilla aún tiene sobre el corazón
la mancha de sangre que queda en León.

¡Fatales contiendas!... Pero á bien llegaron;
que hoy todos vivimos de lo que engendraron;

y, por ellas, saben las nuestras Españas
que no nacen hijos sin romper entrañas.

—Se acoge á Galicia Bermudo vencido;
moviéronle celos; mas no le han valido.

Y aquel día Sancho ve que un Reino son
Navarra y Castilla, Castilla y León.

... No fuera el respeto, yo me asomaría
á leer los sueños de su alma, aquel día.

¡Qué empresa de fuerza, de paz y de amor!
Por fuerza era empresa para un Rey pastor.

El milagro es corto; pasará con él;
mas de él, á Fernando, lo cuenta Isabel...

Que aunque muchos reyes conoció este suelo,
sólo han de contarse, para el regio anhelo,
que echó tantos oros sobre tanto duelo,
ellos dos, los nietos; Rey Sancho, el Abuelo.

XIII

Que el Rey don Sancho, viejo en años, y señor de un solo reino, traza y manda construir la ruta de Santiago de Compostela para peregrinos.

Sesenta y cinco años cuenta don Sancho de monarquía;
vive en su leyenda, luego de vivir su profecía;
más años que su vasallo de más años contaría;
por las barbas del Rey Sancho todo leal juraría...

Ya, como sale del mundo, da cara á la eternidad;
las dos unciones que lleva, corona y longevidad,
el cuerpo augusto le encorvan, sin quitarle majestad;
viéndole cerca la tierra, le tiene más libertad.

Asegurado su reino que lleva prieto en la mano,
pagando en sangre de moros el daño que hizo al cristiano;
nieve es, en las altas cumbres de su Reino, el soberano:
como está en alto, ve todo lo cercano y lo lejano.

Como está en paz, que no alienta quien se le quiera igualar,
piensa qué obra, á sus vasallos, les podría encomendar;
su Reino está tan cumplido, que no lo puede agrandar;
lo abrirá á los otros Reinos, que lo vengan á admirar.

Y aquel gigante Rey Sancho, para trazar un camino,
aún sabe tener seguro su pulso en el pergamino;
la ruta de Compostela manda abrir al peregrino,
por donde su reino sea de todo reino vecino.

Las cumbres y los jarales pisan sus gentes de espada;
abren camino los mismos que hicieron foso en mesnada;
quita él la mano del cetro para llevarla á la azada:
cuando en Navarra moría, deja la ruta acabada.

¡Qué camino el de Santiago, que tiene el ansia de un vuelo!
¡Qué semillas de otros Reinos las que le caen por el suelo!
Dios premia, á tan buena cuenta, del Rey don Sancho el anhelo,
que quiso tener la imagen de aquel camino, en el cielo...

—Y así, con sus dos unciones, corona y longevidad,
Rey fué don Sancho, á su modo, de toda la cristiandad:
su Reino, engendrando á España, resonando á humanidad,
fué, en labios de peregrinos, el mejor de aquella Edad...

EPITAFIO

«Caminante: éste es el cuerpo del Rey don Sancho el Mayor;
»nació en Navarra la noble, cristiano y batallador;
»unió reinos; fundó villas; fué rey y legislador
»y abrió un camino: sus hijos le llaman Emperador.»

RUINAS EN LA MONTAÑA

(POEMA CÍCLICO)

CANTO PRIMERO

LA RELIQUIA

Alma fuerte: si el deshielo de los días
no ha podrido, de raíz, tus energías;
si eres alma, si eres fuerte,
si, escalando las montañas de esta suerte,
les descubres á las águilas sus crías,
mira bien sobre qué piedras han escrito
tus abuelos seculares sus hazañas,
asentando, en el cimal de las montañas,
los sillares de sus tiendas de granito.

Mira bien.
Desde aquí rasan tus miradas
de dos Reinos diferentes las llanuras,
y no llega, á estas alturas,
el rumor del torrental en las cañadas;
pero el agua de los cielos,

al correr sobre estas ruinas ejemplares,
se enriquece de los dejos seculares
de la Edad que esculpió en ellas sus anhelos;
y así baja, consagrada, hacia los llanos,
con resabios á las obras de las manos,
de unos Reyes, tus Abuelos.

Piensa bien.
Cuando, en flaqueza, á medio monte,
encontrando aquella sombra en los jarales,
te sentaste á contemplar el horizonte
y á tu sed brindó una fuente sus raudales,
al beberla, en tus dos manos reunidas,
con el agua, en tus entrañas penetraron
las piedades de tu Dios, á quien olvidas,
y el esfuerzo de unos hombres que le honraron.

Alma fuerte: si, en tu anhelo, recogiste
de la Edad que llamas tuya los anhelos,
confortada en la merced que recibiste,
¿no has pensado: «tú que hiciste
por tu Dios y tus Abuelos?»...

Mira bien.
El monumento derruído
aún publica, en actitudes de coloso,
los afanes de la lid que ha combatido

con el tiempo y el olvido,
en el aire de las cumbres silencioso.

Y estos paños de su herida arquitectura
que bandea el huracán embravecido,
muerto el héroe, en quien tenían un sentido,
son las piezas de su trágica armadura;
son las sombras de sus gestas que, él caído,
le hacen ronda á su sepulcro, de rodillas;
la corteza de un gran fruto corrompido
que se arruga, á dar amparo á sus semillas...

Mira el signo del supremo desconsuelo...
Cuando el héroe vió que sólo, á sus fatigas,
daba zumo de parásitas el suelo,
hizo ariete de sus hombros en las vigas,
volcó el techo de su templo en las ortigas,
y en un éxtasis de piedra, se quedó mirando al cielo.

Mira huesos de sus manos,
mira polvo de los huesos insepultos,
blanquear, por los incultos
matorrales de estos llanos...
Mira restos del blasón, en que dejara,
puesto en piedra, el esplendor de sus coronas,
asomar por las roturas de la jara:
aquí Dios tenía un ara, y falta el ara;
tu pasado, una Reliquia, y la abandonas.

CANTO SEGUNDO

LOS QUE ARARON MONTAÑAS

Fueron, con la simiente de sus propias hazañas,
sembradores de Reinos, en un gran gesto agrario,
estos Reyes Antiguos, de manto legendario,
que, en sus marchas guerreras, araron las montañas.

Sentían de sus hijos la futura energía
palpitar de los tiempos en lo insondable arcano,
y escalando la cima de un monte, cada día,
las lindes de sus pueblos llevaban en la mano.

Tribu de Héroes, que en Dios tenía su Patriarca,
en un día de juegos, que fué un ciclo de guerra,
Dios les dió para todos las llaves de su arca,
y ellos, para sus nietos, dividieron la tierra.

En sus vestes de pieles, blandiendo sus azconas,
á su paso, escapaban hombres y selvajinas,
y, al salir de los bosques, sacaban las coronas
empenachadas de hojas y arañadas de espinas.

Y éstos, que la heredad del mundo se partieron
cuando á lo descampado de las cumbres salían,
recordando al Patriarca, de quien la recibieron,
era un ara de piedra la oración que le hacían.

¡Ruinas en la montaña, partidas sepulturas:
reid de nuestro paso, que la yerba en los suelos
hunde apenas, vosotras que, por estas alturas,
sois horma de los pasos de los Reyes Abuelos!

En vosotras dejaron trazadas sus naciones;
os va uniendo una misma cadena de misterios;
de montaña en montaña sois como los crestones
de una almena ciclópea que ciñe sus imperios.

Y esta decrepitud de abandono en que yace,
ruinas, entre los muros, vuestro techal hundido,
es la forma de vuestro Reino, que se deshace
antes de que nosotros le demos un sentido.

Porque, en la Edad primera, los Reyes Campeones,
al incansable empuje de su ariete de guerra,
sólo abrían los huecos que serían naciones:
tenían un gran gesto para medir la tierra.

Y, como el labrador de heredades sin cuento,
que consume una vida de cuidados prolijos
en preparar sus tierras para el alumbramiento,
y deja la labor de la siembra á sus hijos,

ellos, que en las entrañas llevaban nuestra norma,
y en la holgura del gesto la virtud de plasmarla,
forjaron, en granito, de sus reinos la Forma,
y á nosotros nos dieron la misión de animarla.

No fundaron ciudades, fecundaron montañas;
y en el ebrio deliquio de una noche de estrellas,
por caricia nupcial, les dieron sus hazañas;
son sus Reinos los hijos que engendraron en ellas.

Monarcas aradores, fornales de energía:
merecisteis la paz de vuestra sepultura;
bajo el haz de los siglos, visible todavía,
de montaña en montaña, vuestra gesta perdura.

Monarcas, que llevabais nuestra ley en la entraña,
y que en la siembra de ella nos habéis heredado:
sobre estas santas ruinas, de montaña en montaña,
vuestra gesta perdura...
La nuestra no ha empezado.

CANTO TERCERO

EL ALMA DORMIDA

I

Tantas agrias ambiciones,
tanto frío desencanto,
tanto modo
de oscuras renunciaciones,
¡y á España no alcanza el manto
para todo!

Afánanse las ciudades
á dar muestra, en sus clausuras,
de su brío;
pero, en estas soledades,
el aire de las alturas
está vacío.

Ciudades, las populosas
de vera el mar, en Levante
y Mediodía;
y esotras, las poderosas,
de donde arrancó imperante
la hidalguía:

¿va, en vosotras, á buscar
el alma las ocasiones
de su gloria,
ó el asilo, en que escapar
á las solicitaciones
de su historia?

¿sois las arcas nacionales,
que el pasado hizo granero
de energías,
ó, en las luchas materiales,
sois arrimo pasajero
de los días?

¿en vuestra gran resonancia,
y al golpe de los martillos,
la Ley medra,
ó no tenéis más sustancia
que el adobe y los ladrillos
y la piedra?

Porque, al dejaros, ciudades,
desde estas cumbres en calma,
sonáis poco;
porque, en estas soledades,
con las manos de mi alma,
yo no os toco.

No pasan vuestros destinos
la sombra del monumento
que los cría;
porque, si os juntan caminos,
no os conjunta un pensamiento
todavía...

Vuestras voces no hacen canto;
ni vuestras aves, bandada
poderosa;
ni vuestros retazos, manto;
ni río, vuestra riada
temerosa.

Toda estás dispersa, España;
son rebaños desunidos
tus afanes;
y así no tienes, España,
otra voz que los aullidos
de tus canes...

II

Porque estos remansos quedos
de la Historia, en estas sierras,
¿quién los sabe?
Y la ley de estos hayedos,
¿qué mano hay, por estas tierras,
que la grabe?

Tantos buenos caseríos,
tantas torres, que ha deshecho
la tormenta;
y tantos mozos radíos,
y tanto campo en barbecho,
¿quién los cuenta?

Las aguas de estas cañadas
¿quién las pone á rendimientos
en la lucha?
Y en las agrias invernadas
la voz de Dios, en los vientos,
¿quién la escucha?

En las angustias pequeñas
de estos oscuros cabreros
¿quién se afiige?
Y el derrumbarse las peñas
por estos derrumbaderos,
¿quién lo rige?

¿Qué fuego tendrán los hombres,
cuando en estas latitudes
todo es nieve?
¿Qué nombre, sobre sus nombres?
La muerte, en estas quietudes,
¿quién la mueve?

¿A qué tender tanto techo
si no hay rastro, en su regazo,
de una idea?
La sangre que sobra al pecho
y el vigor que sobra al brazo,
¿quién lo emplea?

Lo manso contemplativo
de estas nieblas montañeras,
¿quién lo apura?
Si el recio sello nativo
no ha de resellar quimeras,
¿por qué dura?

¿A qué esta veta en la entraña
y estas fuerzas manantiales
y esta ruda
potencia de la montaña,
si, en manos de los mortales,
no trasmuda?

¿Por qué el monte obra á su modo
y unos mismos ejemplares
recontruye?
¿para qué esta ley de todo,
si en el humo de las llares
se diluye?

El espíritu que emana
de tantas cosas vitales,
¿dónde para,
si, á su paso, el alma humana
no lo apresa en los zarzales
de la jara?

Si sus venas religiosas
la montaña da, en sus pechos,
á la Raza,
¿por qué el alma de las cosas,
con el alma de sus hechos
nadie enlaza?

¿Quién del sol hace memoria
y de los rayos postreros
que despide?
El tránsito de la Historia
por estos desfiladeros,
¿quién lo mide?

Lo que tiene esta encontrada
de común con sus iguales,
¿dónde cesa?
Y aquello, en que hace parada
de fuerzas originales,
¿quién lo expresa?

Si es, á manera de arado,
fuerte como los metales
la palabra
y Dios no tiene acotado,
sus campos espirituales,
¿quién los labra?

¿Quién pone un muro al olvido?
Y esta paz de la montaña
tan intensa,
¿quién la reduce á sentido?
Y el común aire de España,
¿quién lo piensa?

¡Qué dispersos, los rebaños!
Y en la voz de los pastores,
¡que impiedad!
A la vuelta de los años,
por todos estos alcores,
¡qué orfandad!

Tanto sillar de granito,
tanto mármol y basalto,
tanto grave
dístico, en ellos, escrito,
¡y no hay bóveda en lo alto
de la nave!

El común cimiento ibero
tan seguro y, en los años,
tan remoto,
donde hicieran asidero
nuestras manos, en sus daños,
¿quién lo ha roto?

¡Movamos las tierras hondas!
¡Al común suelo inclinemos
las cervices,
y, porque se unan las frondas,
por bajo tierra, alleguemos
las raíces!

¡Que acabe esta dispersión!
¡Que el disgregarse, en los llanos,
de la grey,
lo ponga á dura sanción,
alzándonos en sus manos,
una ley!

III

—Reyes, los nuestros abuelos,
que en vuestras viejas hazañas
trazasteis sobre montañas
la linde á nuestros anhelos;

que, en vuestra guerrera Edad,
hicisteis la partición,
dejándonos, en misión,
la siembra de la heredad;

cuyo mandoble sangriento
trazó, en las sierras, un día,
la forma que llenaría
nuestro propio pensamiento;

haced, desde lo infinito
de vuestra inmortalidad,
llegar á nuestra impiedad
vuestras voces de granito...

En la heredad recibida
pusimos la centinela

con el egoísmo en vela,
mas con el alma dormida;

y el agua de Dios, que llueve
sobre los negros techales;
y el huracán y la nieve
de las cosas materiales,

corroen el monumento,
sin que el alma, en sus fervores,
lo renueve, á los calores
del hogar del pensamiento.

Reyes: á nuevo destino
movednos el corazón;
que nuestra disgregación
la apriete un cerco divino;
juntad tizón á tizón
y una llama, en remolino,
se levante de su unión.

Si el alma dormida vino,
con daños de su misión,
hasta olvidar su destino,
Reyes, detened la acción
del tiempo, en su torbellino;
¡y dadnos la bendición,
para cambiar de camino!

CANTO CUARTO

LAS LLAVES DEL ARCA

Cuando, dejando el hato del día en los recodos,
salgamos á lo eterno desde la senda exigua
y nuestra patria sea, sobre su forma antigua,
el haz de un pensamiento que agavillemos todos,

sin cesar acreciendo la espiritual reserva,
no han de perderse, España, para tu regio armiño,
ni ternura de lágrimas sobre rostro de niño,
ni gota de rocío sobre tallo de yerba.

Todo entrará en la onda de una unidad viviente;
serás remanso de aguas, no témpano de hielo;
como la tierra, en formas y en color diferente,
que se expande en sus hálitos y se condensa en cielo.

Cambiaron, de los siglos en el flujo incesante,
sus misiones, los hombres y las patrias, sus leyes;
ayer surgió, de un trazo, la patria amenazante
doquier el suelo herían con su espada los reyes;

y hoy la patria es la imagen de Dios que proyectamos.
á nuestro modo, sobre la arena del camino;
hilo de luz perenne que con el alma hilamos
de las horas diversas en el copo de lino.

Sin perder lo nativo de su traza genuina,
para todos nosotros, en ideal desdoble,
todas las cosas sean, como en lo antiguo el roble,
signos de una manera de heráldica divina.

Y así nos serán patria, después de sernos tierra;
y siendo nuestro espacio, serán nuestra medida;
porque hallarán, en ellas, sin asomo de guerra,
su vida, nuestras leyes, y su ley, nuestra vida.

Y así el vaso de piedra de las patrias vetustas
colmará el pensamiento, llegando á estas colinas
tanto, que del Espíritu las vendimias augustas
rebosarán del borde, que son estas ruinas.

Y espíritu y espíritu, patria y patria, ya entonces
no beberán la sangre de las venas humanas;
que si en campos de guerra se opusieron sus bronces,
en los campos de Dios se encontrarán hermanas.

El ciclo de las patrias se cerrará.
Su mano
tenderá el hombre sobre la tierra reunida
y volverá á triunfar, por el esfuerzo humano,
en la unidad del ser la unidad de la vida.

Viendo en paz á sus tribus, sonreirá el Patriarca:
y rezando en un ara común sus oraciones,
los Abuelos, al frente de sus generaciones,
devolverán á Dios las llaves de su Arca.

TIERRAS DE ESPAÑA

TERCERA PARTE

DURAR

SANTA MARIA DE RONCESVALLES

(LEYENDA)

INVOCACION

I

Tanto aire de montaña respirado,
tanto rumor de hayedo,
tanto riente prado,
medido al golpe de un andar tan quedo,
y todo, al fin, se desvanecería
sin recogerlo en ti, Señora mía.

Virgen del buen mirar condescendiente,
que un guardián de corderos
trajo, á darles virtud á estos oteros,
la tarde aquella en que le habló una fuente;

Señora de pastores y guerreros;
Santa María,
cerráranse tus ojos videros,
y se trocara, hasta en sus picos fieros,
toda la forma de esta serranía.

Abeja de la miel de estas quietudes;
fuente oculta, que suelta entre rebaños
los misteriosos caños
de sus castas virtudes;
que salva un recental todos los años;
cuyos divinos pies huellan los paños
blancos de los aludes;
Santa María,
heme á tus pies, sentado en tus escaños;
que, sin centrarla en ti, se desharía
la leve esfera de mi poesía.

Como un nimbo, Señora,
quédese, haciendo cerco á tu cabeza;
y, halo de luna y resplandor de aurora
y niebla azul hurtada á la maleza,
todo mi canto, ahora,
abata el vuelo en torno á tu belleza;
sus alas recogidas,
como velo al caer, rozen tus sienes
y enmarcando los ojos, donde tienes
todo el misterio de las altas vidas,

retengan, cautas, el devoto impulso,
Santa María,
y cúbrante la vena azul del pulso
en donde yo, á ser Dios, te besaría...

II

Morena y dura, en la exterior corteza
de tu rígida talla,
tú, nacida de un tronco, en la maleza,
á los golpes de un hacha de batalla,
Señora mía,
¿qué hay en ti que ha encontrado en tu belleza
dulzuras de panal el alma mía?

En el frío granito de esta loma,
¿qué gotear de fuente hizo agujero
y dejó limo y floreció el romero
y pasó tiempo y perduró el aroma?,
ó, en el huérfano hueco desvalido,
sobre el muerto romero, ¿qué paloma
tendió las alas, abrigando nido?
Santa María,
¿por qué, de donde estoy, pongo el oído
sobre tu seno en flor y oigo el latido
de un corazón de madre, Madre mía?

Curioso apenas al tomar la senda
que trae á tus altares,
¿qué impenetrables paños de qué venda

soltáronse, de pronto, en tus hogares?
Caté la paz de este sereno asilo,
donde hicieron los siglos tu vivienda;
y en mis entrañas reanudóse el hilo
de la muerta leyenda.
Santa María,
¿en qué remoto huerto encontraría
flores para mi ofrenda?...

EL PASTOR

I

Quisiera aquel candor y aquel fervor,
tan callado y tan vivo,
del pastor primitivo
que, guardando rebaño, en un alcor,
talló en un tronco del vergel nativo,
tu rostro, en puridad tan expresivo,
con su cuchillo en punta de pastor.

Soledad y silencio le ayudaron
y una gran paz de humanidad remota;
y aquel vuelo de buitres, que dejaron
la ingenuidad de la mañana rota...

II

Piensa, alma mía:
tendría, á flor de labio, un alma nueva
aquel tosco pastor...
Nació pobre; es un hijo de la gleba
y, adondequiera que los ojos lleva,
ve las tierras que son de su Señor.

De su Señor, la Torre y los encierros
de la Torre, con rejas
y con gritos que salen de sus hierros;
de su Señor, el monte y las ovejas
que él mira derramarse por los cerros
con nieve en el vellón de sus guedejas;
de su Señor, todo su afán del año;
de su Señor, los perros
que hacen, con él, la guarda del rebaño..

III

Sentado, á su sabor, en una peña,
como allí su Señor no le veía,
á la vuelta de un día y de otro día,
bajo el usado sayo de estameña,
tímido, le hablaría
su corazón, que le pertenecía...

Y aquel pastor tan solo, en la extensión
de tanta inmensa tierra contemplada,
tendría fatigado el corazón
de verlo todo y de no asirse á nada.

Tendría el corazón como una estrella
colgado, á solas, entre cielo y monte;
y á la redonda, todo el horizonte
para tragar las luces que él destella.

Su corazón se desvanecería,
como llama, en el aire.
Y eran años
tragándose á los años; y vivía
menos su corazón que sus rebaños.

VISION DE CAZA

I

Sucedió que, una vez, hubo rapiñas
de gente en armas contra su Señor;
que entró los campos y taló las viñas
y abrasó bosques, entre alcor y alcor.

Y llevando adelante sus corderos,
silbó á sus perros, empuñó el cayado,
su honda serpenteó por los oteros,
y el tímido pastor bajó á poblado.

II

Traía derribada la anguarina,
oculto el rostro, á medias, en sus dobles,
y se topó con un tropel de nobles,
que iban á caza de la selvajina.

Las retorcidas trompas resonaban,
rompiendo el aire, con feroz denuedo;
y abriendo paso al ruido, se apartaban
las seculares ramas del hayedo.

De los trotones los herrados cascos
las pedregosas sendas removían;
y, erizando de hierro los peñascos,
jabalinas y azconas relucían.

Todo era bulla y confusión; todo era,
por la selva adelante, un alarido,
dentro del cual latía, no extinguido,
el jadear de la acosada fiera...

Y unos á otros los ojeadores
se daban gritos, señalaban rastros;
y pasaban en furia, los señores,
llevando, en casco y peto, lumbre de astros.

III

Puesto á un lado, el pastor, rígido y quieto,
mirábalos pasar, y parecía,
pegándolas sobre él, que mantenía
el corazón entre sus manos prieto.

Y como vió que, al paso, levantaban,
hecha polvo sutil, toda la ruta,
temió verse arrastrado y se erizaban
las cerdas rojas de su barba hirsuta.

IV

En este punto, entre palafreneros,
ministriles y pajes y la pompa
de un lucido escuadrón de caballeros,
que se iba abriendo paso, á son de trompa,

cruzó, montando una nevada yegua,
que iba, entre el aire, braceando airosa,
la Dama del Castillo, en una tregua
de quietud, que se abrió como una rosa.

Del bordado brial sobre los paños,
el heráldico ornato relucía;
y él vió su rostro blanco, todavía
más blanco que el vellón de sus rebaños.

Túnica lisa, de color de grana,
le aprisionaba el busto, y suavemente
los dos lirios del cuello y de la frente
mostrábanse á la luz de la mañana.

De su capuz de plata entretejida
flotaba al aire el penachón de tules;
paloma era su mano, retenida
al pasar por la cinta de la brida,
y sus dos ojos, como el cielo, azules.

V

Al acaso, el pastor, cató sus ojos
sin lograr detenerlos, en un viaje
que ellos hacían de un galán á un paje;
y vió los prados, que eran verdes, rojos.

Y quiso ver mejor; que tanto fuego,
tan de improviso, parecióle encanto;
Ella había pasado; quedó luego
lleno el aire de un vuelo de su manto
y él, de aquel aire y de sus ansias, ciego.

ALUCINACION

I

La vespertina calma,
más que á la tierra sombras, ofrecía
la leche y miel de su reposo al alma,
cuando el pastor se recobró, aquel día.

Volvía á ver las cosas,
sin hechizo ni encanto,
como ellas son; en sangre de unas rosas
fundían unas nubes vaporosas
los últimos revuelos de aquel manto.

Y frotando sus ojos
con sus dos puños, hizo
nuestro pastor, de hinojos,
una oración, con que acabó el hechizo.

II

Habíase quedado,
pasada su visión de cacería,
entumecido, en la quietud de un prado,
con su rebaño en torno, que pacía.

Y la cinta de plata
de un arroyo sutil, corriendo lejos,
bajo los chopos, entre mata y mata,
rompía alegremente sus espejos.

Mas le habían tenido,
mientras duró el engaño
que le turbó el sentido,
sus dos perros, la guarda del rebaño.

Y ahora, el pastor, se inclina
pasándoles la mano por el lomo,
y echa á andar, torpe y cachazudo, como
si fuera de granito su anguarina.

III

Calóse el capuchón, que es el relente,
en esta tierra baja, húmedo y frío,
y hundió sus ojos en la paz silente
de las nieblas del río.

Y vió, de aquellas nieblas, poco á poco,
surgir la Dama Blanca, en su montura;
y otra vez vaciló y otra vez, loco,
volvió, sin rumbo, á andar á la ventura...

IV

Como si conocieran los afanes
de aquella turbación que le encendía,
juntaron el rebaño los dos canes
y lo sacaron á la buena vía.

Y á tropezones, el pastor, cuidando
que escapan de él ovejas y moruecos,
dase á correr tras ellos, ululando;
y va, por las calzadas, resonando,
el bárbaro compás de sus dos zuecos.

ENCUENTRO EN LA BORDA

I

Una moza porquera,
á media pierna la amarilla saya,
que en la borda tal vez ronda á la espera,
como le ve llegar de tal manera,
le da empellones y le pone á raya.

«—¡Cóbrate! ¿Adónde vas? ¿Qué forajidos
acosándote están? ¿Con qué venablos?
¿Bajáis de la majada perseguidos?
¿O visteis en las rocas no-nacidos
y ahora fuís de todos los diablos?

¿Qué pasa?»
Y el pastor:
«—No sé quién eres.»

La miraba sin ver, con desvarío,
y ella contesta, presintiendo avío:
«—Soy Muña y como todas las mujeres
si le plaz al galán, trayo lo mío.»

II

Refriégase con él en la penumbra,
junto al montón de helechos y matojos;
y él la mira de modo que la alumbra
con las chispas que saltan de sus ojos.

Y ya la Muña, en las dos corvas, siente
que su mezquina voluntad la deja,
cuando el pastor, inesperadamente,
«No eres tú, no eres tú», dice, y se aleja.

III

Apenas queda en el rescoldo llama;
uno y otro tizón humea, en torno;
mas sopla viento, el fuego se derrama
y la hoguera, otra vez, vuelve á ser horno:

tal la Muña, al quedar sola en la borda.
Ve alejarse al pastor y siente impulsos
de degollarle; que, con ira sorda,
toda la sangre le saltó á los pulsos.

Pero piensa un instante y, comidiendo
que dejarle vivir es mayor daño,
se encoge de hombros y se va, diciendo
la maldición que diezmará al rebaño.

IV

Al arrimo del hórreo en una plaza,
unas viejucas, en la algarabía
peculiar de su raza,
el copo hilaban al trajín del día.

Pasa la Muña y callan, intrigadas;
pero ella vuelve el rostro al cobertizo,
y les grita, dejándolas pasmadas:
«—¿No sabís?... ¡Al pastor, diéronle hechizo!».

LA MUJER

I

Pasóse la ocasión de la algarada;
tornó al monte el pastor; la generosa
llegó á olvidar que ha sido desdeñada;
pero el pastor, en tanto, no reposa.

Deja, todas las noches, su majada,
al buen cuidado de sus canes, sola;
y bañándose en luna plateada,
baja, por una senda, á su chabola.

II

Su sombra le precede algunas veces
y otras queda á su espalda, en una vuelta;
él tiene arrobos y murmura preces
y entre su sombra y él, va su alma suelta.

Aquella luz de luna desmenuza,
en un vago no-ser, la creación;
y él anda, sin pisar, como el que cruza
por un mundo de cosas que no son...

III

Por fin, ésta es su choza, ésta la puerta:
besa la cruz de palma en sus maderos,
abre de un empellón, la deja abierta,
y cae sobre unas pieles de corderos.

Y tiene, entonces, su pupila verde
que, en la ausencia de luz, se achica y fulge,
el brillo singular con que refulge
la razón que se pierde.

IV

Al lado suyo, hincado en unas piedras,
y á medio desbastar, está un madero
que herido, aún muestra, en su esqueleto fiero,
los descarnados nervios de unas hiedras.

Y él va sacando, á punta de cuchillo,
de aquel informe tronco, una figura:
la de la blanca Dama del Castillo
que vió un día pasar, en su montura.

Sentada la imagina; y como siente
que aún no lleva, en el alma, el soberano
conjunto de su rostro y de su frente,
dase á tallar, apasionadamente,
la divina paloma de su mano.

Tal la ha trazado como en la montura
la vió estar sobre el aire, esclarecida;
que al ingenuo pastor se le figura
que el destino de toda criatura
pende de aquellas cintas de su brida.

DELIQUIO

I

Y se da á su labor con tanto arrobo,
que en nada humano á distraerse acierta;
bajó, una noche de este invierno, el lobo
y, resollando, se plantó á su puerta.

Violo el pastor y para sí, murmura:
«Si he de morir, de antes con antes sea;
»que si no he morir, fuera locura
»detenerme por éste, en la tarea...»
Sigue: el traidor rebulle, en la negrura,
y el pastor dice al lobo:
«—Pase y vea.»

Ya tiene fe que el milagroso encanto
que en él se obró, se cumplirá en las fieras;
se cansa el lobo de acecharle, en tanto,
y parte, aullando, hacia las parideras.

II

Y el pastor no le ve; mueve el cuchillo
con todo el corazón lleno de miedo;
que ahora, en el anular, pone su anillo
y, al menor roce, la herirá en el dedo.

Para sí, piensa:
«—Cuando alumbre el día
»que Dios fijó de plazo,
»después de darle forma á la obra mía,
»le pasaré mi vida, en un abrazo.

»Le pondré un corazón en donde albergue,
»si ella no tiene, la mitad del mío;
»y se caerá, sobre mi desvarío,
»toda esta majestad con que hoy se yergue.

»Porque, una noche, la estaré al acecho
»para morir y condenarme en ella;
»porque será un dolor verla tan bella,
»y querrá Dios y catará mi lecho...»

III

Cae, haciendo, al caer, un ruido blando,
de su mano, el cuchillo;
su corpanchón exánime se arruina
y se agrandan, tomando,
sus dos ojos, un brillo
vidrioso y espectral, de agua marina...

HECHIZO

I

Son tres meses cumplidos
los que lleva el pastor en la faena
de modelar el busto, á los latidos
de su amoroso corazón de hiena.

II

Y en las negruras de su tez, comida
del sol del monte y del fervor interno,
ya tiene trazas de beber su vida,
por la raíz, los zumos del infierno.

La doble empresa, en la que está metido,
de apacentar rebaños y visiones,
maltratábale el rostro denegrido
truncándole la paz de sus facciones.

Y en la aurora, al salir de aquel desmayo
tras el que acecha, alucinante, el sueño,
su rostro era espantable, como un leño
carbonizado en la espiral de un rayo.

Y se oía y su voz se le antojaba,
algunas veces, voz del otro mundo;
y no se conocía, si pasaba
junto á un río y miraba
su rostro, reflejado en lo profundo.

III

El solitario fué legión.
Y todos
sus deseos tan vivos, que se hicieron
de bulto; y al encuentro le salieron
por todos los recodos.

Y el día se pasaba
hablando á esta legión de imaginarios
seres, que le cortaba
el paso, en los senderos solitarios.

IV

Su espíritu, acrecido y recargado
de sí mismo, en su amor, buscó salida;
y dándose á los vientos del collado,
llenó de abortos, al pastor, la vida.

Toda cosa trivial cambió el sentido
para el Atormentado; era él la presa
de su propia visión; un encendido
fornal, su amor; su corazón, pavesa.

V

Y los prodigios, al final, llegaron;
y el hilo de la Ley faltó á la tierra;
y unas con otras y con él, en guerra,
del haz de Dios las cosas se soltaron.

Empieza, cada día,
á morir una oveja;
la fuente, en que él bebía,
hoy se agota y mañana está bermeja
de sangre; un alto nido, que él sabía,
de aguiluchos, lo incuba una corneja;
se abre una grieta, en la serena vía
que, de noche, seguía,
y hay, en el fondo, un alma que se queja;
la divina figura que esculpía
se le incendia, una vez, y al otro día,
en el sitio en que estaba, está una vieja
toda desnuda, que le sonreía,
y ovilla sobre un cráneo que lucía
su propio pensamiento, hecho madeja...

Se acerca, para herir: visión ha sido.
Vuelve á brillar, en la sabida talla,
el rostro esclarecido
de la blanca mujer; y así, rendido,
se debate, el pastor, y así batalla.

VI

Quebró su mente el aro
donde, entrando á sentido y armonía,
todo el misterio de la vida es claro;
y el mundo, informe, se le resistía.

Pero todo es visión.
No queda nada
de aquella algarabía, que no deja
de atormentarle el alma desgarrada,
si no es que, cada noche, en la majada,
se le muere una oveja.

VII

De trescientas, son diez; cinco, dos, una,
y ayer, ninguna; la majada sola...
Toda la noche ha oído, en su chabola,
sus perros, que ladraban á la luna...

DOLOR

I

Tocóle el corazón y fué, en la avara
sequía de su fiebre, un mar de llanto
ver que sus perros le plantaban cara,
tirando de los rotos de su manto.

No le reconocían...
Ya era extraño,
también, para sus perros,
que le acosaron, por aquellos cerros,
como á pedirle cuentas del rebaño.

Los dolientes ladridos, que en su huída
no los pudo escuchar más dolorosos,
de los perros de Abel, el fratricida,
le conminaron á escapar, furiosos.

Y al verse perseguido de sus canes
que, hasta ayer, tantas veces,
compartieron con él lecho y afanes,
cató el pastor de su dolor las heces.

II

Estaba solo...
Mas no vió que estaba
solo, hasta este momento,
cuando la boca, que le restañaba,
si se hería, al andar, el pie sangriento,
hoy, esquiva, ladraba.

«¡Maldito soy!», rugía,
seguido de los negros ladradores,
y huyendo, en ansias, por el agria vía,
loco, á salto de mata, á los alcores;

«¡Maldito soy!»
Si á detenerse prueba,
yerto, abriéndose en cruz entre los riscos,
los dos canes le alcanzan y á mordiscos
hacen botín del hijo de la gleba...

III

Va á castigarles; enarbola el palo
de retorcido boj de su cayada,
y ellos, huyendo por el monte ralo,
le ladran, desde abajo, en la cañada...
Tiempo era ya; del delirante escalo
cae rendido, el pastor, en la explanada.

Y en la postura de las Magdalenas,
sobre las arduas rocas,
que abrían los abismos de sus bocas
y no bastaban á tragar sus penas,

porque se hinca en un codo, incorporado,
y porque pesa el corazón, caído,
ve, por fin, el pastor, que ya ha tocado
aquel ápice hirsuto del pecado
donde, no siendo en Dios, no tiene egido.

IV

Y se bañan de lágrimas sus ojos,
pensando en sus dos perros,
que han hecho con su espíritu, en los cerros,
lo que con el rebaño, en los matojos;

que le han ido acosando;
y aquí le han puesto valla y al encuentro
se le han erguido, más allá, ladrando,
hasta meterle dentro
de un místico redil donde, temblando,
le dejan frente á Dios, que está en el centro.

La jara en llamas otra vez fulgura;
quema al pastor la piel, no las sandalias;
y otra vez, del Señor, en el altura,
se cumplen las divinas represalias.

Sólo de haber llorado
siente su corazón en tanto alivio,
que se le esponja, sobre aquel collado,
como las gramas, al oreo tibio
del aire de montaña embalsamado.

Y en tierra como está, murmura preces;
y da gracias al cielo, que ha querido
allegarle aquel vaso, en que han bebido
tan pocos hombres y tan pocas veces,
cuando regresan, y no han perecido,
de apurar el pecado hasta las heces.

V

Vuelve á estar en silencio la cañada;
se alza el pastor, empuña la cayada,
y en el albor de la mañana quieta,
toma, por una senda, hacia la ermita
donde es fama que habita,
sólo con Dios, el Santo de Ibañeta.

EL HOMBRE JUSTO

I

Del mundo, en tal modo
vivía apartado,
que era, para él, todo
su mundo, un collado;
de las flores de él
tenía cercado
y á su medro y grado
cuidaba, en un prado,
panales de miel.

Buscó, á lo ermitaño,
como una cigüeña,
para todo el año,
su choza roqueña;
su lecho es jaral.

que secó en la breña;
su mesa, una peña;
de burda estameña
su burdo sayal.

Templaba sus penas
á los corazones;
castraba colmenas;
sabía oraciones;
tenía un hablar
de tantas razones,
que, en sus disensiones,
los altos barones
le oían fallar.

Hacía su ley
del buen sentimiento;
al siervo y al rey
les dió acatamiento;
dijo:
«El mundo es tal,
que hace su elemento
de ser violento;
pues, á todo evento,
volved bien por mal».

Y así largos años,
en sus peñascales,

remedió los daños
de sus naturales.
Su vida era un haz
de auroras iguales;
daba á los mortales
miel de sus panales;
de sus manos, paz.

II

Dijo:
«¿Y yo no haría
como mis abejas?
Su vida y la mía,
¿no corren parejas?

Si el mundo es jardín,
si hay flores en él,
¿no es hora, por fin,
que coja la miel?»

La frente en la mano,
fruncidas sus cejas,
vivió nuestro anciano
como sus abejas.

Y con arte suma
dióse á dar caudal;
su aguijón, la pluma,
y un libro, el panal.

Forzando el desvelo,
tomó por colmena
la noche serena
colgada del cielo;

y haciendo labor
bajo las estrellas,
su labor, tras ellas,
miraba el Señor.

En la oscuridad,
se le antojan flores
todos los dolores
de la humanidad.

Su aguijón pasea
de uno en otro, el viejo;
detrás de una idea,
destila un consejo...

Mira complacido
su cosecha austera:
la miel, el sentido;
las letras, la cera.

Y cuando descansa
del largo desvelo,
su mirada mansa
va á buscar el cielo.

A solas y á tino,
va á buscar, con ella,
el rostro divino
detrás de una estrella...

Y unidos los dos,
con fruición bebe
del lirio de nieve
del amor de Dios...

LA CONFESION

I

Estábase la pluma en una mano
y un cráneo enfrente de él y un pergamino,
del bien y el mal á destilar lo arcano,
cuando el pastor á interrumpirle vino.

Jadeante, cubierto
de su anguarina, como de un nublado,
cegó la puerta que se abría al huerto
su lúgubre perfil de atormentado.

Y antes de verle, como el viejo siente
que el súbito bochorno
que espesa el aire será el vaho de horno
de las pasiones del que tiene enfrente,

«Cuéntame, dice, tu dolor, cuitado,
y espera en Dios».
Un líquido reposo
de agua, al caer, tenía su dictado;
y era todo él misericordioso...

II

Habla el cuitado y el mirar cobarde
clava en tierra, diciendo de su vida;
pero empieza á sentir, sobre su herida,
las dulzuras del fresco de la tarde.

III

Y su visión de caza y la doncella
que le cegó, cuando bajaba al llano;
y la Muña, después, que le atropella;
y la imagen que esculpe; y puesta en ella
la paloma gentil de aquella mano,

todo se aboca al torrencial efluvio
de su anhelante confesión.
Y cuenta
del naufragio de su alma, en el diluvio
de la gran maldición que le atormenta...

Palpita casi con humano duelo
la cayada, en su mano; y de su anhelo
dice más que sus gritos y sus quejas;
y con ella, el pastor, dando en el suelo,
dobla á muerto por todas sus ovejas.

IV

Está en lo más cruel; está diciendo
de su postrera fuga, por los cerros,
hoy, perseguido...
Calla, no queriendo
acusar á sus perros.

Pero entonces le tiende
compasivo su mano,
y haciéndole callar, porque comprende,
—«No es necesario más», dice el anciano.

SANTAS PALABRAS

I

Revolotea una paloma
blanca, de toda claridad,
hasta posarse sobre el hombro
del ermitaño, en su sayal;
y éste es el punto en que él recoge
su pensamiento, antes de hablar;
y puesto el índice en el aire,
como viñeta en santoral,
dice al cuitado estas palabras,
con una voz de santidad:

II

«Si Dios me deja y le da fuerzas,
una mañana, á mi humildad,
iré á tu choza, donde cuentas
que estás haciendo tanto mal.
Si esta mañana está muy cerca,
ya quiero verte comenzar;
si está más lejos, tus dos manos
la imagen santa acabarán.
Digo la imagen y te fío
en Dios y en mi ánima, zagal,
que entre diez lámparas de plata,
hemos de verla en un altar.

III

»¿Por qué pararte en lo que es malo,
si el bien florece más allá?
¿Porqué te quedas entre nubes,
si ellas engendran tempestad,
y tú ya sabes de las cimas,
en donde calla el aire en paz?
Date á seguirme; que la senda,
por donde quiero hacerte andar,
deja las aguas, en la rambla,
luchando con el pedregal;
ladea blanda unos alcores,
se hace vereda, en un pinar,
topa el hayedo, á media cuesta,
y llega al caño manantial
adonde el agua, hirviendo apenas,
con un rumor de eternidad,
es el suspiro de una peña,
que Dios acaba de horadar...
El mirar torpe engendra, hermano,
la torpe laya del pensar;
del pensar mal, nacen unidos
el mal sentir y el mal obrar.
Ese cuchillo de tu cinto
no está en tu cinto nada más;
toma de forro tus entrañas

y su ralea ellas le dan.
Cuando lo mueven tus dos manos,
según el sitio adonde va,
será reptil, rayando limos;
ó luz de rayo en temporal.
El mundo espera que tus obras
le den el molde en que ha de entrar;
ojos de lobo y lumbre de astros
son las centellas de un fornal;
tu pensamiento cuece, en ellos,
y según sea, será el pan...
Como las aguas de un torrente,
la creación ha de pasar
por el molino de tu alma,
que muele para eternidad;
toda la tierra da la fuerza,
tu corazón, la calidad;
si has codiciado blanca harina,
echa buen trigo y nada más...

IV

»¿Quién eres tú, bigardo ruin,
quién eres tú para afirmar
que esa tu Dama era del mundo,
si te cegó sólo al pasar?
Deja las aguas, en la rambla,
luchando con el pedregal;
y llega al caño, en la alta peña,
que Dios acaba de horadar...
Santa María, en su montura,
llena de toda claridad,
entre unos ángeles, has visto,
bajo los árboles, pasar.
La blanca yegua que regía,
la creación limpia de mal;
la blanca mano, hundida en luz,
el lirio de su castidad;
las trompas de oro, en montería,
la hora precisa al bien obrar;
los jabalíes, la manada
roma y cerril, de Satanás;
y la ceguera de tus ojos,
que tú te empeñas en quebrar;
la visión única y serena,
sin vallas donde remansar,

ante la cual se monda el orbe
de su envoltura terrenal,
y que, vacía, á Dios tan sólo,
cauce sin agua, va á buscar...

V

»Vuelve á tu choza, ruin bigardo;
mal pagador del mejor pan;
déjate el barro de las manos
en las espinas del zarzal;
déjate el barro de las carnes
en una viva castidad;
torna á tu imagen, que querías
para la podre nada más,
y dale al tronco una corona
de soberana majestad;
que, encima de él, será el ramaje
donde se vayan á posar
todos los astros de la noche,
como calandrias en parral...

VI

»Si has de amasar barro con barro,
¿para qué quieres tanto afán?
¿A qué el aceite, en una lámpara,
si no ha de darte claridad?
Saca el cuchillo de los forros
de tus entrañas de zagal;
que no es reptil, rayando limos,
sino que es rayo en temporal;
Santa María espera el trono
donde la sientes á reinar.
Para mañana, si es mañana,
ya quiero verte comenzar;
y si hace Dios que pasen días
hasta que bese mi humildad
la cruz de palma de tu puerta,
ni la corona ha de faltar.
Pero esa mano, que decías
que era paloma, en la piedad
de la mañana, sujetando
la creación, por el rendal,
bésala casto, cuando llegues,
y no la vuelvas á tallar;
que ésa ya ha dado flor en ti;
y así está bien y así es verdad.»

VII

Callóse.
El índice, en el aire,
cuando él dejó de platicar,
trazó, al caer, como una raya
fina y sutil de claridad;
por donde, entrando toda junta,
como en un cauce un torrental,
vino á abocarse sobre el mundo
la bullidora eternidad...

VIII

Sintió el cuitado aquel influjo;
se puso en pie, sin replicar;
tenía el rostro color de oro
como, al primer atisbo, el pan.
—«¿Y tantos males, que me asedian,
con esto acaban, nada más?»
El ermitaño sonreía;
pero aún le quiere asegurar:
—«Si lo haces bueno, en tus entrañas,
¿quieres que el mal vuelva á ser mal?

IX

Ahora el pastor tiene un recuerdo
que no le deja sosegar:
—«¿Y mis ovejas, si están muertas,
cómo á la vida volverán»
El ermitaño todavía
le da otro golpe al pedernal:
—«Desde aquí veo el redil blanco;
si no son ellas, ¿qué será?
Anda, hijo mío, y haz recuento
de tus ovejas, al pasar.»

Como la fe vuelve á correr
sobre aquel páramo erial,
ni el ermitaño ni el pastor
tienen que hablarse nada más...

LA IMAGEN

I

La montaña espectral
en la luz de la luna diluída,
sólo acusa, al rumor del manantial,
una sutil palpitación de vida.

Y los peñascos son apariciones
que están, de senda en senda, arrodillados;
como si murmuraran oraciones
de bienanventurados...

II

A esta luz se transforma
cada ardua cosa en su pristina idea;
que, desasida en lo irreal, ondea,
como si fuera líquida, la forma.

Y en vez de ir con los ojos al encuentro
de las cosas reales,
son ellas las que, en estos peñascales,
se nos deslizan corazón adentro...

III

Canta el alcor su melodía aguda,
fijo, en la paz divina
de la noche, y él solo nos escuda
contra el fluir de toda forma en ruina.

Y á sus fijas quietudes
parte el alma, y en ellas se sujeta;
puesta á gozar de las excelsitudes
en el remanso de su línea quieta...

IV

Como un despojo en una blanca urna,
caen las almas allí, y á la caricia
con que las besa la piedad nocturna,
su infinitud la eternidad inicia.

V

Pues cada noche, á esta hora, en la majada
dejando á su rebaño redivivo,
proseguía el pastor, en lo furtivo
de su chabola, su labor callada.

Y sus pasiones de hombre triturando
bajo la piedra de su fe, sentía
que el misterio total iba encarnando
en su temida aparición de un día.

Y cada vez que en lo rebelde arcano
algún trazo inseguro se le oculta,
vuelve á asirse el pastor de aquella mano
que su viviente realidad indulta.

Y por aquella mano guiadora,
como ella evoca toda la figura,
va acercándose el ruin, hora tras hora,
á la expresión cabal de su escultura...

VI

Así, Santa María,
por el cuchillo de un pastor, tomando
forma en un tronco de esta serranía,
tu imagen vino al mundo, eternizando
un monte en flor, un corazón amando...

SOLILOQUIO DEL POETA

I

Y así cuando más quiere, la mirada,
más reconstruye, en ti, todo el pasado
del dolor en que fuiste idealizada;
que eres tan del pastor que te ha engendrado,
como él fué tuyo, en su labor callada.

Y en ti, la Dama Blanca y aquel ruido
que ella supo acallar, de montería;
y en tu morena rustiquez bravía,
una hermandad de corazón ardido
que hoy redime á la Muña todavía;
y en tu busto, un erguirse de collado
limpio y audaz, al sol de la mañana;
y en tu regazo, la quietud de un prado,
que se afina en un ruido de campana;
y en el moverse y el caer plegado
de este manto de Reina, en tu figura,

que le da majestad y la acompaña,
la suavidad, los tránsitos y holgura
de los pliegues de tierra, en la montaña...

La plateada lámpara destila
su lumbre en el collado de tu frente,
y oigo conjuntamente
balido de corderos, son de esquila
y chopoteo de aguas en torrente...

Me interno en la callada
paz de selva que tiene tu mirada,
y la aspereza del vivir huraño
que me tenía el alma lacerada,
se me ablanda en vellones de rebaño
y en parvedad holgada
de burel de ermitaño...

Que en estas altas cumbres,
tallas devotas de bordado manto,
vuestra montaña os transmitió su encanto
de viva humanidad, sin muchedumbres...

Y la piedad divina
de vuestros corazones no se agota
porque heredasteis la virtud genuina
del caño manantial, en la colina,
y caláis en las almas gota á gota.

EPILOGO Y ORACION

I

Pasado tiempo, Señora,
cuando á mi descanso vaya
para la serena playa
donde me escuchas ahora,

si ha de entrar ciego el destino,
llevándose de través
estos rebaños, que hoy ves
que hacen, conmigo, el camino,

no olvides, Señora mía,
la ansiedad de esta mirada,
y llegue hasta mi alquería
la punta de tu cayada.

II

De poner, años atrás,
mi fe en todos, la perdí;
y hoy dudo de los demás
tanto, que dudo de mí.

Hoy caigo á tus pies, llevando
las espaldas destrozadas
de las esquivas miradas
que las torturan pasando;

y hoy me decía, Señora,
llegando herido hasta aquí,
«¿qué hago en e mundo, si ahora
no necesita de mí?».

III

Yo no estoy hecho al rebato
de las voces descompuestas;
ni pongo, para las fiestas,
campana sobre mi hato;

ni busco todos los días
harina para mis panes,
contando mis fechorías
en junta de rabadanes;

ni, cuando el frío del año
quemó en el prado mis henos,
meto á pacer mi rebaño
por los henares ajenos;

ni, en la holgura, á mi vecino,
llamándole á mi ventana,
le doy vino, por el vino
que le pediré mañana...

IV

Quedéme solo, á razón
de hacer más camino, andando;
quedéme á solas, cuidando
las cosas del corazón;

y cuando al prado llegó,
sonora, la muchedumbre,
traje el redil á esta cumbre
y aquí estamos él, tú y yo.

V

Pues hoy, que en esta arboleda
con mi grey, dime á temblar
por la orfandad en que queda,
cuando yo venga á faltar,

no te hagas sorda á mi llanto
y déjame, en mi aflicción,
pensar que tiene tu manto
después de mi corazón.

Caigan sobre mis amores
tus dulces manos divinas,
como caen estos candores
de la luna, en las colinas.

Mírame llegado al hito
de la senda, por mi pie;
ve que dudo y necesito,
Madre mía, tener fe;

que es dulce en este infecundo
frío de los corazones,

pensar en las protecciones
que están más allá del mundo;

que nos ayuda á vivir,
cuando más agrio luchamos,
pensar que no abandonamos
á los nuestros, al morir;

y que en estas soledades,
donde el horror se atropella,
siempre ha surgido la estrella
que calma las tempestades...

VI

Ella y él—hijo y mujer—
hechos están, hasta aquí,
á asegurarse de mí
cuando empiezan á temer,

y por si un día no puedo
mi turbación ocultar,
también yo empiezo á temblar
del miedo de tener miedo;

que, ignorando la razón
de este hirviente remolino,
por donde la creación
sigue á ciegas su camino,

de poco vale, Señora,
cayada que va, al acaso ,
marcando al rebaño el paso
por unas sendas que ignora.

VII

Luz de luna, en los alcores
de estos agrios peñascales;
Señora de los pastores
que salvas los recentales;

última razón de ser
de una fe que lucha, viendo
que en todo falla; muriendo,
para volver á nacer;

lámpara, hogaño encendida
cuyo aceite ha procurado
mi corazón, torturado
por el dolor de la vida;

alba, que en ser deseada,
nos traes tu mayor consuelo;
porque no estás en el cielo
y estás en nuestra mirada;

héme á tus pies...
Y si empeño
palabra de serte fiel,
¡no sean, mis votos, el
pasar á un sueño, de un sueño!

VIII

De lo vivido hasta aquí
sólo me queda este amor
y por guardarlo mejor,
lo quiero guardar en ti;

pues tú, en estos peñascales,
recibe mi amor humano
y asegúralo, en tu mano,
por senderos inmortales...

IX

A un paso de mi majada,
donde está aquel prado tierno,
saldremos, esta alborada,
á ver la yerba, agitada
del oreo de lo eterno...

Y estos dos—hijo y mujer—
que irán conmigo, á mis lados,
se alborozarán, al ver
un nuevo río correr
de los divinos collados...

X

Y, de hoy más, en las entrañas,
no temblaremos, inciertos,
si de hoy más nos acompañas,
por los caminos desiertos,
Señora de las montañas
con tus dos ojos abiertos...

Roncesvalles, 1912.—Madrid, 1914.

INDICE

ÍNDICE

Páginas.

FE DE ERRATAS

Página.	Verso.	DONDE DICE	LÉASE
107	23	nos ha hecho	nos han hecho
129	7	en el tarreón	en el torreón
132	1	tornando su Aláh	tornando á su Aláh
135	21	tornándola	tornándolo
150	10	pagando	pagado
266	11	en e mundo	en el mundo



